



M. MAGALLANES MOURE
SUS MEJORES
POEMAS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
PEDRO PRADO

A S C I M E N T

M. MAGALLANES MOURE

SUS MEJORES POEMAS

SELECCIÓN DE PEDRO PRADO

M. MAGALLANES MOURE

SUS MEJORES POEMAS

SELECCIÓN DE PEDRO PRADO



EDITORIAL NASCIMENTO
Ahumada 125 — Santiago. Chile, 1926

ES PROPIEDAD DE LA SUCESIÓN
Inscripción N.º 176

PRÓLOGO

MANUEL MAGALLANES MOURE

Una vida y una obra continuándose la una en la otra como madre oscura en hijo glorioso.

A una larga existencia contemplativa corresponde esa expresión que se goza y distiende en el paisaje.

Al amante del silencio, un verso que ondula como la brisa.

A una gran bondad íntima, la expresión que palpita como un pulso.

A la naturalidad de una vida, la sencillez de palabras habituales.

Como el corazón en el cuerpo humano, la existencia de Manuel Magallanes Moure, latió central entre todos los hombres.

He ahí el origen de esta poesía desnuda que fluye, como el perenne surtidor de la fuente, en

medio de las múltiples escuelas, a quienes va despojando la sucesión de los otoños.

Es una voz meridiana, de todos comprendida; voz exenta de los grandes contrastes que traen las sombras del alba o del crepúsculo.

Una poesía ni vieja, ni joven; palabras que no perturban, versos que no encandilan.

Entre los bienes que debo a la vida se cuenta el de haber sido amigo de un hombre hecho de tan extraordinaria transparencia.

A través de él como a través de una lente pura, elevada a lo alto, vislumburé, con el mismo ánimo que nos suspende ante una noche clara, la inmensidad solitaria por donde cruza la belleza imponderable.

PEDRO PRADO.

DE FACETAS

MAÑANA DE ABRIL

I

EN el fondo azul del cielo
vaporosas nubes blancas;
el sol ya no quema; es tibio
como el beso de una pálida.

Caen las hojas fingiendo
mariposas desmayadas
y sólo cuelgan despojos
de nidos, entre las ramas.

Los pájaros tienen frío
y sobre las viejas tapias
al sol esponjan las plumas...
y se estremecen sus alas.

II

¿Recuerdas, amada mía?
¿Recuerdas esa mañana
cuando juntos recorrimos
la alameda solitaria?

Con el rumor de las hojas
que el viento arremolinaba,
dulcemente confundíanse
tus amorosas palabras.

Y, como los pajarillos
bebiendo el sol en las tapias,
se estremecía mi espíritu
al calor de tus miradas.

ELEGÍA DE OTOÑO

ECHA ¡oh amada mía! el negro velo
sobre la tez morena de tu rostro
y vámonos al bosque...

Ya es la tarde

y oblicuos lanza el sol sus dardos de oro,
poniendo en los anémicos follajes
la vibración de sus fulgores rojos.

Vamos, amada mía. Ya las brisas
entonan tristemente los reposos
de las hojas difuntas, en las viejas
alamedas de aspecto misterioso.

Caen las hojas, caen siempre... siempre
y desnudos se quedan poco a poco
los árboles que azota el frío cierzo.

Caen las hojas, caen... y un sollozo
prolongado y tristísimo recorre
la callada avenida, el melancólico
camino que va al bosque, la alameda
y el huerto abandonado y silencioso...

Vamos, amada mía. Ya en el bosque
la luz se irá extinguiendo... Así en tu rostro
se extinguen dulcemente las sonrisas;
así desmaya en tus sombreados ojos
la suavísima luz de tus miradas...

Vamos, amada, y en el bosque umbroso
cogeremos violetas... ¡Oh violetas,
lánguidas hijas del dorado Otoño!
Y tanto que os amó mi buena madre!

Tú ¿recuerdas, mi amada, cuando a todos
«hijos, dadme violetas»... nos decía?
Y cuando se las dábamos, sus ojos
se iluminaban llenos de alegría,
y aspiraba el aroma deleitoso
y escogía entre todas las más frescas
para prenderlas a su pecho...

Pronto
la noche con su océano de sombras
inundará los campos silenciosos...

Entonces graznarán las aves negras
y de la brisa el murmurante soplo
se abatirá a lo largo del camino,
salmodiando un trístisimo sollozo...

Y caerán las hojas, lentamente,
con un rumor pausado y melancólico;
rumor como de lágrimas que caen
golpeando sordamente el negro dorso
de un horrible ataúd...

¡Así mis lágrimas
tañeron su compás lento y monótono
sobre la caja que encerró a mi madre
en una noche lúgubre de Otoño!

M A R I N A

A Pedro A. Rézka.

IEMBLA el agua, se infla lentamente
y sube, contenida y silenciosa,
como si el seno de la mar hinchara
formidable suspiro...

Surge la ola
y dando tumbos, con furor salvaje,
se precipita entre las verdes rocas
y revienta en hirviente y blanca espuma
que los peñascos húmedos azota,
circulando por quebras y hendiduras
con rumor de hervidero.

Lacias flotan
sobre la blanca espuma alborotada
las algas, como largas y abundosas
cabelleras de náyades dormidas
bajo el velo movable de las ondas...

La espuma se deshace, el agua corre
a formar nuevos tumbos, nuevas olas,
y quedan los peñascos verdinegros
tapizados de líquenes y conchas.

Breve silencio. Rumorean sólo
las cristalinas y risueñas notas
que producen las aguas al vaciarse
de las concavidades de las rocas,
hasta que rompen la armoniosa calma
el disorde graznar de las gaviotas
y el retumbo pesado y cavernoso
de otra ola colosal que se desploma.

LA SIESTA

A Luis Robles Via

EN el vetusto corredor, tendido
sobre una confortable mecedora,
paso, en dulce quietud, la ardiente hora
del calor, a la sombra guarecido.

Sobre el extenso campo adormecido
derrama el sol su lluvia abrasadora,
y es hálito de fuego que devora
el aire que circula enardecido.

Mis párpados se cierran dulcemente...
Embriaga mis sentidos y mi alma
tibio aliento de cálidos aromas.

Mientras escucho en sueños, vagamente,
que alzan, en medio de enervante calma,
su monótono arruyo las palomas.

EL RIEGO

A Ricardo Prieto Molina.

HINCA el robusto labrador la azada
y rompe el dique opuesto a la corriente,
y el agua, al desbordarse alegremente,
prorrumpe en cristalina carcajada.

Como el amado en busca de la amada,
corre el agua a templar la sed ardiente
de la tierra, que se hincha lentamente
como el vientre de una hembra fecundada.

Sobre la onda turbulenta y fría
se columpian las blancas correhuelas,
ascienden por sus hilos las arañas

y los maíces, ebrios de alegría,
sacuden, como locos Pulchinelas,
las ondulantes cintas de sus cañas.

EL REGRESO

RUEDA el tren balanceándose en la vía
y rechina al chocar el suelto herraje,
y hacia atrás huye rápido el paisaje
y avanza la brumosa lejanía.

Cuando su rauda marcha el tren desvía
cruje desvencijándose el bagaje,
y pasan en fantástico miraje
la loma, el llano, el bosque y la alquería.

Es la tarde: iluminanse las chozas
y vuelan encendidos los carbones
como enjambres de abejas luminosas.

Surgen, por fin, las huertas lugareñas,
y tras de las oscuras ramazones
las luces de mi pueblo me hacen señas.

DE MATICES

SOBREMESA ALEGRE

A Isaías Gamboa

LA viejecita ríe como una muchachuela
contándonos la historia de sus días más bellos.
Dice la viejecita: «¡Oh que tiempos aquellos,
cuando yo enamoraba a ocultas de la abuela!»

La viejecita ríe como una picaruela
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos
sobre su tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia,
y ríen las arrugas de su cara bendita
y corren por su cuerpo deliciosos temblores.

Y mi novia me mira y yo miro a mi novia
y reímos, reímos... mientras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

NOCHE DE INVIERNO

A Rafael Angel Troyo

EN tanto que la lluvia gotas desgrana
que al chocar en los vidrios de la ventana
semejant picofazos de ave nocturna,
a la luz de una lámpara taciturna,
que apenas rasga el velo de negra sombra,
en un cuarto sin sillas y sin alfombra,
Luisa, la rubia anémica, tira la aguja
y habla con una vieja que se arrebujá
junto al fibio brasero donde agoniza
un tizón que se vuelve blanca ceniza.

Por entre las rendijas se cuela el viento
y zumba, rezongando con bronco acento:
La lámpara su roja luz conforsiona
y suelta una hebra de humo que dá en la lona
del techo, sombréandola fugazmente.
Chorrea el agua afuera, como un torrente;
los caños se desbordan borbotoneando,
y un hilo de agua cae de vez en cuando
desde el alero en ruinas, y friste suena
como un llanto cayendo sobre una pena.

Y en tanto que la lluvia gotas desgrana
que salpican los vidrios de la ventana
y en las pozas murmuran su cristalina
canción los gorgoritos, y en una esquina
lóbrega de la estancia suena el pausado
compás de una gotera sobre el tablado,
Luisa, la rubia anémica, tira la aguja,
mientras duerme la vieja como una bruja
junto al frío brasero donde agoniza
una chispa cubierta por la ceniza.

DE MIS DIAS TRISTES

UEDO, muy quedo, penetré a tu alcoba
y ahogando el rumor de mis pisadas,
avancé...

Ya la luz desfallecía.
El aposento sumergido estaba
en una claridad tenue y dudosa;
y era esa claridad así tan lánguida
como la suave luz de tus pupilas
cuando mi boca febriciente y ávida
muerde la dulce carne de tus labios...
Entonces languidecen tus miradas
con desfallecimientos de crepúsculo.

En el limpio cristal de la ventana
agonizan reflejos purpurinos
y las sombras germinan en la estancia,
como un florecimiento de tristezas
en los pliegues recónditos de un alma.

Flota un vago perfume... Así el perfume
de tu alma de mujer enamorada.
Así tan leve, así tan vago... Acaso
este perfume delicioso es tu alma!

Acaso este perfume es el espíritu
de aquellas pobres rosas deshojadas
que por buscar el sol del vaso huyeron
y sin sol se quedaron y sin agua...
Acaso este perfume delicioso
así tan leve, así tan vago, es tu alma!

Aquí la mesa pequeñita en donde
llorando escribes tus amantes cartas;
allí tu traje rosa, cuya seda
el tibio aroma de tu cuerpo guarda;
allá en el muro, hundida en la penumbra,
la silueta borrosa de una santa;
acá el vacío espejo de Venecia
como un pozo de sombra, y de la estancia
en un ángulo oscuro, el blanco lecho,
como un altar de albura inmaculada!

De rodillas caí junto a aquel lecho
y convulso de amor besé la almohada,
y el tibio aroma de tu carne virgen
busqué, besando las revueltas sábanas
que ajé ardorosamente en mi locura...

Y hallé las dulces huellas que buscaba
y el tibio aroma de tu cuerpo amado
llegó hasta el fondo mismo de mi alma.

Y lloré de placer y de amargura,
y amoroso besé, mordí con rabia
y fué un delirio enorme y angustioso...

Temblé.

Miré en redor y mi mirada
se hundió en la negra sombra de la noche.

Sentí fuego en los ojos...—Eran lágrimas.
Tambaleando salí, como un demente,
y abierta y sola se quedó tu estancia...

LOS BUEYES

A *Rafael Correa M.*

Væ Victis!

VAN con su lento andar; estremecidas
las musculosas testas bruscamente
bajo el yugo oprobioso; las enormes
pupilas en las órbitas se mueven
con una triste lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo y nada miran
sino la senda misma, y nada advierten
sino el tropiezo próximo: ellos saben
cuán dolorosa es la caída siempre
y cómo aumenta ese dolor el hierro
de la aguzada pica introduciéndose
en su trémula carne atormentada.

De los hocicos jadeantes penden
brillantes hilos que en el blanco polvo
trazan complejas curvas, que parecen
los misteriosos signos con que escriben
éstos desheredados de la suerte,
en la página inmensa del camino,
la sombría odisea de sus crueles

marchas interminables, a lo largo
de una ruta sin fin.

Los tardos bueyes
son los esclavos del trabajo: nunca
sus formidables nervios estremece
la conmoción del goce, ni el espasmo
de la pasión, ni el súbito deleite
del ardoroso amor.

Ellos ignoran
todo lo que es placér y no apetecen
sino un puñado mísero de pasto
para calmar el hambre de sus vientres.
No juegan: el dolor los tornó graves.
No retozan: están muy tristes siempre.

Cuando al clarear el alba los pastores
conducen el ganado al campo verde,
los terneros brincan de alegría,
los potros riñen amorosamente
con las jóvenes yeguas, las ovejas,
—que miran como miran las mujeres—
van en nutridos grupos jugueteando
por la empinada senda hasta perderse
tras la silueta de una loma,—sólo
los pensativos, los adustos bueyes

andan con lento andar, las poderosas
cabezas inclinadas tristemente,
como si aún pesara sobre ellas
el humillante yugo...

Cuántas veces
con mirar resignado contemplaron
sus cansadas pupilas, a la tenue
claridad del crepúsculo, el idilio
de un bravo toro, lleno de altiveces,
con una mansa ternera joven
de ancas llenas, redondas y lucientes...

Y ellos, no aman ya... Son los eunucos
que en el harem del campo languidecen
mirando las caricias que se hacen
el sultán de las bravas altiveces
y la sultana de ancas opulentas.

A veces lucen sus pupilas breve
relámpago ardoroso...

¡Acaso olvidan
su triste condición! Quizá recuerden
el luminoso tiempo en que ellos fueron
también sultanes del harem campestre...

Pero es sólo un relámpago y bien pronto
se extingue; entonces sus miradas vuelven

a ser dulces, süaves, resignadas.
Entonces sus pupilas nuevamente
giran con grave lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo y nada miran,
nada ven, nada observan, nada advierten.

Echados a la sombra de algún álamo
cuya elevada ramazón se iergue
en mitad del potrero, a esa hora
en que el florido campo se adormece
bajo la gran mirada abrasadora
del fecundante sol, indiferentes
a cuanto les rodea, sacudiendo
la sucia piel, a fin de que se vuelen
las moscas agrupadas en las lacras
que les hicieran los pinchazos crueles
de la ferrada pica; restregando
las enormes mandíbulas que muelen
el pasto no rumiado en la mañana,
caídas las orejas, como imbéciles,
ahí están, los esclavos del trabajo,
los eünucos del harem campestre,
los que no aman, ni juegan, ni retozan,
los graves, los adustos, los que siempre
tristes están pensando en los idilios
de las tardes rosadas...

¡Oh los bueyes!

FINAL DE OTOÑO

AGONIZA en el mísero aposento
la llama del hogar. Un melancólico
fulgor oscila al pie del blanco muro
y alumbra tristemente los contornos
de las combadas vigas.

A intervalos
sopla el viento sus lúgubres rezongos
por entre las rendijas de la puerta.
Entonces de la hoguera se alzan rojos
destellos que en la sombra se dilatan.
como miradas de terror, que a poco
se extinguen en un súbito desmayo.

Cae la lluvia, rómpanse los chorros
en las sonoras charcas y chasquean
las gotas que con ímpetu rabioso
arroja el vendaval contra los vidrios.

En la mísera estancia, al melancólico
resplandor de la lumbre agonizante,
hundidos en sus lechos haraposos,
los viejos hablan pausadamente.

Dice el anciano como en un sollozo:
— «A la tarde, hoy he visto desprenderse
las postrimeras hojas.

Poco a poco
cayeron y, como aves moribundas,
trazaron amplios círculos en torno
de los desnudos árboles. El cierzo
vino después y las echó al arroyo.
Entonces yo las ví como subían
y bajaban flotando sobre el dorso
de la fugaz corriente.

Un calofrío
estremeció los descarnados troncos,
cuyos ganchos sin hojas se agitaron
en un espasmo convulsivo, como
si fueran a romperse...»

Con voz suave
la anciana dice tristemente:— «Somos
en nuestra soledad como los viejos
árboles sin follaje. En el otoño
de la vida, perdimos nuestras galas.

Del cierzo de la muerte al frío soplo
cayeron nuestros hijos, como al viento
caen las hojas otoñales. Solos
estamos en el campo de la vida,

como esos negros y torcidos troncos
que las rachas combaten.

Uno a uno
se fueron nuestros hijos al ignoto
país a donde van viajeros pálidos
que no vuelven jamás.

En el otoño
de la vida, como árboles perdimos
nuestro follaje único...

Los troncos
volverán a cubrirse en primavera
de nuevas hojas verdes y nosotros
por siempre nunca recobrar podremos
nuestras hojas caídas...»

* * *

En el lóbrego
apuesto la llama moribunda
del hogar se apagó.

Los bulliciosos
chasquidos de la lluvia se extinguieron;
del viento se acallaron los rezongos
y, en medio del silencio de la noche,

los dos viejos, tendidos en el fondo de la sombría estancia, se quedaron mudos también. Y sus abiertos ojos se dilataron en la negra sombra y mirando sin ver, en cruel insomnio se quedaron pensando en otros tiempos...

...Cuando veía el sol sus rayos de oro sobre la limpia choza y era buena la vida y florecía el campo y todo respiraba contento. Cuando alegres resonaban los cánticos sonoros de los rubios muchachos que jugaban entre las flores del jardín y en torno del alero volaban gorjeando risueñas golondrinas...

* * *

Cuando el alba filtró un tenue reguero luminoso por el resquicio de la puerta, siempre los dos viejos, tendidos en el fondo de la estancia sin luz, permanecían mudos y sin cerrar sus turbios ojos.

DE LA JORNADA

LA JORNADA

A Francisco Villaespesa

EMPRENDIERON la ruta cuando el alba
desenvolvió a lo largo de la noche
la ondulada silueta del camino.

Dormían las cabañas en los bordes
oscuros de la senda; como un rastro
de luz en medio del silencio, oyóse
surgir a la distancia el prolongado
mujir de las vacadas, y por sobre
la quietud de los campos, deslizáronse
las brisas, produciendo suaves roces
entre las altas ramas y en las charcas
haciendo resbalar leves temblores.

Marcharon los viajeros, y a medida
que avanzaban, las sombras de la noche
se iban desvaneciendo.

Las estrellas
se hundían en el cielo, como flores
que se sumergen en el agua.

Lejos,
ante la claridad del horizonte,
las montañas erguían sus perfiles.

* * *

Fijos los ojos en la blanca senda,
mudos, ensimismados, los viajeros
lentamente marcharon, perseguidos
por la asfixia del polvo y por el fuego
del implacable sol.

Tras de sus huellas
se arrastraban sus sombras, como perros
silenciosos, fantásticos.

Cantaban
los empinados árboles, bebiendo
la blanca luz del sol, y sonreían
las praderas secundas, los austeros
montes y los boscajes misteriosos.

Por el camino largo y polvoriento,
bajo el sol implacable, lentamente
marcharon y marcharon los viajeros.

* * *

Marchaban sin descanso desde el alba...
Y sucedió que al sol de medio día
una visión les sonrió.

Por entre
los floridos cardales de la orilla
surgió ante sus miradas una choza
de cuyo techo rústico subía,
recta al cielo, una onda temblorosa
de humo azul.

Espléndida, festiva
como el reir de un pájaro, una joven
voz de mujer volaba perseguida
por una ronda de fugaces trinos.
Y única vez en aquel largo día,
detuvieron su marcha los viajeros.

* * *

Acallando el rabioso vocerío
de los perros esclavos, una anciana
piadosamente les brindó descanso
bajo el ancho ramaje de una acacia.

Allí, a la clara sombra de aquel árbol,
envuelta en luz violeta, saturada
de reflejos de sol, una muchacha
con grácil voz cantaba una armoniosa

canción de campesinos, mientras rápidas
se movían sus manos, enhebrando
con el sutil croché la roja lana.

* * *

Cesó el cantar, y púdica, y hermosa,
y fresca como el agua cristalina
que al desbordarse del humilde vaso
por sus desnudos brazos se escurría,
se ofreció la muchacha a las sedientas
marchadas recargadas de fatiga
de aquellos caminantes.

Y era rubia
la carne de sus brazos, y era límpida
la expresión de sus ojos, y eran llenas,
como frutas maduras, sus mejillas.
Y eran blancos los dientes y eran húmedos
los labios de la joven campesina.

Y toda ella con olor a hierbas
olorosas, y toda ella henchida
de savia juvenil, y toda ella
como un sorbo de agua cristalina...

Y marcharon de nuevo los viajeros
llevándose en el fondo de su alma

la inefable impresión del agua límpida
y la fresca visión de la muchacha.

* * *

Marcharon esta vez alegremente
por el camino polvoriento y largo.

Descendía la tarde y era de oro
la oblicua luz del sol. Aligerados
de la opresión del yugo, caminaban
los taciturnos bueyes, destacando
sobre las alamedas verdinegras
sus macizos contornos, perfilados
con el oro del sol. Todas las sombras
largamente crecían y los pájaros
al través del camino se alejaban
en bandas bulliciosas.

Entretanto,
volaba por la senda el sonriente
cantar de los viajeros, despertando
la alegría al pasar.

Pero el más joven
de aquellos caminantes, un muchacho
de rostro imberbe y vigoroso cuerpo,
no cantó aquella tarde.

Ensimismado

caminó, separándose de todos,
y por más de una vez detuvo el paso
para mirar atrás, como si hubiera
sentido a la distancia algún llamado
que lo invitara a regresar...

* * *

Las sombras

subían de los campos a los montes
como una gran marea, y a medida
que iba ascendiendo esa marea enorme,
en ella toda luz naufragaba
y se apagaban todos los rumores.

Arriba, en el azul del firmamento,
brotaban las estrellas como flores
que fueran asomando unas tras otras
sobre la superficie de un estanque...

EL PATIO DORMIDO

A Baldomero Lillo.

SOBRE el extenso patio brilla la resolana
con cansada vislumbre; desfallecen las flores
como mujeres llenas de inefables ardores
y lejos suena el lento rumor de una campana.

Cuando se desvanece la última campanada
desciende gravemente sobre todo el contorno
un gran silencio; tiemblan vapores de bochorno
y la vislumbre se hace más viva y más cansada.

Duermen los viejos muros de luminosas grietas,
duerme el sol a lo ancho del suelo calcinado,
duermen las claras sombras de color de violeta.

Duermen todas las cosas y sólo en una esquina
del patio, un caño de agua, que quedó mal cerrado,
dentro de un cubo vierte su canción cristalina.

LA NIÑA JADEANTE

E llegas junto a mi, toda agitada
como tras de un divino y largo esfuerzo,

Es un cansancio alegre el que te inquieta,
como el cansancio alegre del que alcanza
con porfiada labor un regocijo.

Tus labios me sonríen entreabiertos
y por ellos se escapa el fuerte soplo
de tu respiración, y cuando luego
tus labios se reúnen, se dilatan
los nerviosos y finos agujeros
de tu nariz.

Con tu cansancio alegre,
con el ondear de tus redondos senos,
con el rodar de tus sedosas trenzas,
con el fuego de vida en que está envuelto
todo tu ser, pareces, niña ingenua,
una bacante de vestir moderno.

Seductora inconsciente, encantadora
que ignoras, castamente, los efectos

de tus vivos encantos, tus pupilas
miran con limpidez, sin ver que dentro
de las mías se iergue amenazante
una hambrienta manada de deseos.

EL ESTANQUE

A Augusto Thomson

EN el vacío estanque caía la cascada
del agua alegremente. Como una carcajada
plena de regocijo, caía el agua adentro,
y los trezados chorros en incesante encuentro
daban los claros timbres de una cristalería
que rodara hecha trizas.

La buena agua reía
llenando aquel estanque, y según se elevaba
la onda temblorosa, en ella se ahogaba
la risa de los chorros, hasta que una vez lleno,
el estanque durmióse dulcemente sereno.

* * *

Los grillos ensayaban sus ásperos acordes
y las flores silvestres erguidas en los bordes
del agua perfumaban su sueño. Suavemente
la luz languidecía en la tarde silente.

* * *

Entonces desde el fondo del estanque dormido surgió un débil murmullo, un rumor parecido al murmullo de sedas que produce la brisa cuando va a campo abierto: armonía indecisa como la de un suspiro; música de un aroma, perfume de una música que como incienso toma vaguedades de ensueño. Y aquel rumor süave, que pudo ser el último gorjeo de alguna ave, o el lejano recuerdo de alguna voz amada, o el rumorear del aire, o el lenguaje de un hada, fué llenando mi espíritu de una melancolía dulce, así como el lánguido desfallecer del día.

* * *

El estanque durmiendo su sueño misterioso decía en un susurro:

«¡Oh tu amor delicioso,
buena agua! Amada mía, cómo me has poseído
por entero! Al principio tus risas despertaron
en mi seno alegrías inmensas; agitaron
dentro de mí los claros cascabeles de oro
de la suprema dicha. Tu lenguaje sonoro
de voces cristalinas, llenó mi ancho seno
con la divina música del amor grande y bueno.

Después, según tú ibas entrando en mí, tu risa desfalleció, tu alegre voz se tornó sumisa

cual la voz de una esposa que ama. Aquí, en mi seno,
tu alma clara durmióse con un dormir sereno,
y mi ser poseído por tu ser transparente
en un dulce desmayo sumióse lentamente.

* * *

Los batracios ritmaban sus místicos acordes,
y las flores silvestres erguidas en los bordes
del agua, conservaban aún en sus corolas
una tenue luz húmeda. En sus asperas violas
los grillos preludiaban la canción del crepúsculo.

* * *

Cayó sobre mi frente un insecto minúsculo
y ahuyentó mis sueños...

Me alejé silencioso
bajo los grandes árboles, llevándome este hermoso
pensamiento que siempre florecerá en mi mente:
Como el Agua, el Amor. Como el Estanque, el hombre.

AL SOL

EL sol de medio día
baña el dormido huerto;
los árboles alargan
sus ramas hacia el suelo.

De la caldeada tierra
suben vapores trémulos;
no hay un soplo en la atmósfera
ni una nube en el cielo.

Brota sudor copioso
tras del más leve esfuerzo,
y hay sabores amargos
en los labios sedientos.

* * *

Apoyado en la azada,
descoyuntado el cuerpo,
descansa bajo un árbol
el jadeante labriego.

La alegría del agua
ríe con claro acento
deslizándose rápida
por el cauce estrecho.

Los líquidos tentáculos
lamen el blanco suelo;
de las grietas emergen
fugaces burbujeos.

Y por sobre las aguas,
como esquife ligero,
va una hoja minúscula
y en la hoja, un insecto.

EL BARCO VIEJO

A Manuel Ugarte

ALLÁ, en aquel paraje solitario del puerto,
se mece el viejo barco a compás de las ondas
que tejen y destejen sus armiñadas blondas
en derredor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco, que fué un barco de los que van a Europa,
y que era todo un barco, de la proa a la popa,
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

sus amarras sacude, y rechina, y se queja
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja
mecido por las olas en blanda oscilación.

O M A Ñ A N A G R I S



LA niebla sobre el mar.

Flota la niebla

y es como un sueño blanco y misterioso
vagando sobre un alma entristecida;
como el vapor de un sueño melancólico
al aclarar de un triste día.

Flota

la niebla.

Sobre el mar la niebla es como
un ensueño flotando sobre una alma:
un ensueño muy íntimo, muy hondo
y muy blanco, por cuya blanca bruma
fuera temblando un desfile borroso
de pensamientos tristes, como sombras
al través de la niebla; y en el fondo
de aquel ensueño blanco, lentas, lentas
van las barcas. Aquellas que ni al soplo
del viento, ni al empuje formidable
del vapor abandonan su reposo.

Aquellas que se mueven solamente
cuando se arquean los fornidos torsos
de los barqueros, y los remos se hunden
en el inflado vientre tembloroso
del agua.

Van las
barcas y el prodigio
de la niebla agiganta sus contornos.
Envueltas en la bruma van las barcas.
Van como pensamientos dolorosos
que huyeran al través de un sueño blanco.

Y mudas como en un cinematógrafo
se encogen y alargan las siluetas
de los que van remando con monótono,
pausado compás.

Aquellas barcas,
con su deslizamiento silencioso,
parecen los espectros de las naves
que el océano atrajo hasta su fondo.
Son como lenta procesión de sombras
trás la bruma de un velo tembloroso.

Del blanco abismo de la blanca niebla
se escapan gritos prolongados, chorros
de sonidos que vibran en el aire

con rumor de aletazos. Un sonoro
silbido arranca y de onda en onda vuela
como un grito salvaje.

Sobre el dorso
del infinito mar, la blanca niebla
duerme su sueño inmóvil.

Poco a poco
se deslizan las barcas como espectros
al través de un ensueño melancólico.

TARDES DE LA CIUDAD

A esa hora en que los vidrios reflejan
las llamaradas postrimeras del sol,
las señoritas adorables se asoman
con sus floridos trajes al balcón.

Como un torrente por la calle sonora
van los carruajes de espejeante charol
y dentro de ellos las lucientes chisteras
ríen con delicioso buen humor.

En actitudes de afectado abandono
las señoritas están en el balcón:
sobre sus senos se marchitan las rosas
como amorosas almas sin amor.

Buscan sus ojos unos ojos soñados,
ojos que nunca miraron al balcón.
Pasan pupilas anegadas en tedio
y todas al pasar dicen «¡adiós!»

La noche cae melancólicamente,
y poco a poco desfallece el rumor

de los carruajes que se van, dilatando
sus luces al pasar frente al balcón.

Y en actitudes desconsoladas dejan
las señoritas una a una el balcón.
Tras de las puertas, que gimen al cerrarse,
entona la tristeza su canción...

LA CARRETA

POR el camino interminable y blanco
bajo el fuego del sol; por el camino
que los vetustos álamos protegen
con sus ramajes largamente erguidos,
va la tarda carreta dando tumbos
y rechinando, como un monstruo herido
que fuera lentamente, lentamente
arrastrando a lo largo del camino
el enorme dolor de su agonía.

Trémulos van los bueyes, abatidos
en la contemplación del blanco suelo
que rozan con sus húmedos hocicos,
cuya baba, ahilándose, dibuja
en el polvo arabescos infinitos.

Y ante las bestias mudas, siempre mudas
en su eterno tormento, entristecido
como sus bestias y como ellas mudo,
el carretero marcha pensativo
contemplando las huellas que dejaron
los que antes que él cruzaron el camino.

• • •

A la sombra de un sauce cuyos brazos musculosos subían retorcidos en actitud desesperada, el triste convoy cesó de andar.

A un ronco grito del carretero, los cansados bueyes se detuvieron, y en señal de alivio alzaron sus cabezas taciturnas en una brusca sacudida que hizo crujir el yugo prolongadamente.

• • •

Me acerqué al carretero. El, distraído, levantaba los brazos sosteniendo la pica de colihue. Un cigarrillo humeaba colgando de sus labios.

Era un viejo aquel rudo campesino y era un atormentado por la suerte.

Me refirió sus desventuras. Dijo que venía del fondo de los campos en marcha a la ciudad. Llevaba al «niño» —y era dulce la voz del buen labriego—

moribundo de un mal desconocido,
e iba a dejarlo al hospital del pueblo.

* * *

Entonces advertí un leve suspiro
doloroso surgiendo desde el fondo
de la inmóvil carreta. Allí, tendido,
con los ojos cerrados, con el rostro
pálido y angustiado, estaba «el niño»,
un mozo de veinte años. De su boca,
el aliento escapábase en silbidos.

Cuando al fin mis miradas se apartaron
de aquel penoso cuadro, encontré fijos
en mí los ojos del labriego, y nunca,
nunca podré olvidar el infinito
mirar de aquellos ojos, que tenían
algo del dolor mudo e incisivo
que hay en los ojos de las bestias, cuando
ven fulgurar la hoja del cuchillo...

* * *

Por el camino interminable y blanco
bajo el fuego del sol, por el camino,
la pesada carreta fué alejándose...

Sobre los campos de maduro trigo
flameaba el sol alegremente, y era
como fiesta de luz el áureo brillo
de las fecundas sementeras.

Lejos,
gemían tristemente los chirridos
de la carreta en marcha...

LOS GATOS VIEJOS

A María, mi madrina.

PEREZOSOS, dormilones,
aman la blandura grata
de los tibios almohadones
y desdeñan a la rata
que rasguña en los rincones.

Ya se estiran soñolientos
e hincan sus uñas sin filo
en los bordados asientos;
ya se acurrucan, y el hilo
siguen de sus pensamientos.

Siéntanse frente a la hoguera
donde la olla trepida
y alza su hervor la tetera,
con una oreja tendida
hacia los ruidos de afuera.

Mientras sus entrecerradas
pupilas observan con
fijeza las endiabladas
piruetas que en el fogón
hacen las llamas doradas.

* * *

En la dulce lascitud
de sus ensueños piadosos
se diluyó la inquietud
que animó los borrascosos
años de su juventud.

Y ellos que en noches de amores
fueron al claro de luna
galantes conquistadores
a los cuales la fortuna
no escatimó sus favores;

Ellos que en las transparentes
noches de azul y de plata
riñeron como valientes
por el amor de una gata
que había cien pretendientes,

Desoyen ahora el ruego
de las novias olvidadas
y en el plácido sosiego
de las mansiones calladas
se adormilan junto al fuego.

DIA DE LLUVIA

SOBRE el oro enrojido
de los follajes de otoño
tiende el nutrido aguacero
su amplio velo nebuloso.

Canta el agua en los tejados
con rumor claro y monótono
y de los aleros penden
los entretejidos chorros.

La vieja casa está muda
y sus corredores solos.
Apenas si tras un vidrio
se ve un pensativo rostro.

Un semblante pensativo,
que con mirar melancólico
va siguiendo el fascinante
caer de los claros chorros.

EL BAÑO

A Pedro Gil.

EN un rincón discreto del parque legendario sus muros que recubren viejas enredaderas alza el baño, al través de las brumas ligeras que suben de la tierra como de un incensario.

Dentro de la vacía piscina un solitario sauce va dejando caer sus postrimeras hojas, mientras los sapos desde sus madrigueras gargarizan las notas de un vibrante rosario.

Flota en aquel recinto misterioso el ensueño de las blancas mujeres que con reír sonoro se hundieron en el agua de la piscina aquella.

Todo habla de caricias, y hasta un rayo risueño del sol poniente, vuela como un beso de oro que buscara una boca para posarse en ella.

EL VENDIMIADOR A SU AMADA

EN los frescos lagares duerme el zumo oloroso
de las uvas maduras. Turbador, amoroso,
es el vapor que sube de los frescos lagares,

¡Y tu aliento oloroso como los azahares!

* * *

Ayer, cuando en la viña cogías los maduros
racimos, yo observaba los finos, los seguros
perfiles de tus amplias caderas y los llenos
contornos de tus breves y poderosos senos.

El sol quemaba el aire, y caía, caía
sobre mí, y en mi alma no sé qué florecía.
Algo en mí germinaba; algo ardiente, algo rudo.

¡Y tus ojos brillantes y tu cuello desnudo!

* * *

Ayer, cuando en la viña bañada en sol cogías
los racimos maduros, advertí que reías

con una risa nueva. Tus labios se esponjaban húmedos, deliciosos... Y los míos temblaban. En torno a tí agrupábanse todas tus compañeras...

¡Y la sencilla falda ciñendo tus caderas!

* * *

Cuando me quedé solo bajo el sol irritante descubrieron mis ojos aquel bosque distante de amarillentos álamos. Nunca había advertido que existiera aquel bello bosque desconocido.

Caminando por entre las vides deshojadas, ahuyentando a mi paso las sonoras bandadas de los pájaros, fuíme hacia aquel bosquecillo. Como oro al sol brillaba su follaje amarillo.

Allí en aquel bosque, todo, todo es amable. Allí las zarzas fejen un muro impenetrable y se esparcen las hojas por el suelo, formando como una alfombra de oro. ¡Si supieras qué blando tapiz es el que forman las hojas amarillas!

Allí hay rumor de insectos y cantos de avcillas, pero nada perturba la calma deseada...

¡Y tus labios henchidos cual fruta sazonal!

* * *

Me interné todo trémulo por aquel bosquecillo
y allí oculto, allí estuve hasta que cantó el grillo.
¿Por qué te esperé tanto? ¿Por qué creí que irías?

* * *

Al regreso las sendas todas eran sombrías...

EL REGRESO

ME detuve en la entreabierta
puerta de mi oscuro hogar
y besó mi boca yerta
aquella bendita puerta
que me convidaba a entrar.

Mi corazón fatigado
de luchar y de sufrir,
cuando escuchó el sosegado
rumor del hogar amado
de nuevo empezó a latir.

Fué como el lento regreso
de la muerte hacia la vida;
como quien despierta ileso
tras fatal caída al beso
de alguna boca querida.

Adentro una voz serena
decía cosas triviales
y había un dejo de pena
en esa voz suave y llena
de cadencias musicales.

La voz suave de la esposa
despertó mi corazón;
aquella voz amorosa
que en otra edad venturosa
me arrulló con su canción.

Desfallecido de tanto
batallar y padecer,
llevando en los ojos llanto
y en el alma desencanto,
llegué ante aquella mujer.

Caí junto a su regazo
y en él mi cabeza hundi
y unidos en mudo abrazo
de nuevo atamos el lazo
que en mi locura rompí.

Ni reproches ni gemidos...
Sólo frases de perdón
brotaron de esos queridos
labios empalidecidos
por tanta y tanta aflicción.

— «Llora, llora—me decía—
Yo sé que llorar es bueno»...
Mudo mi llanto caía
y ella mi llanto bebía
y me estrechaba a su seno.

Nunca, nunca he de olvidar
sus palabras de cariño
ni el amoroso cantar
con que tras lento llorar
me hizo dormir como a un niño.

VIAJE DE ENSUEÑO

A Fernando Santivan.

TODAS las tardes recorro
la misma empinada senda
que del alto acantilado
por la orilla serpentea.

Abajo el mar en reposo
canta su canción eterna,
tejiendo blancos encajes
alrededor de las peñas.

Todas las tardes desciendo
la misma ondulada senda
que al viejo muelle conduce
de la escondida caleta.

Viejo muelle todo lleno
de soledad y tristeza;
nunca un viajero lo cruza,
nunca un barco a él se allega.

Cruje su añejo tablado
y su fábrica retiembla

cuando las pesadas olas
en sus pilotes se estrellan.

Sus enmohecidos hierros
se exfolian como cortezas
y hay musgos verdes y rojos
en sus roñosas maderas,

* * *

Todas las tardes mis pasos
en aquel muelle resuenan;
todas las tardes, de codos
me afirmo en su delantera.

Ante mis ojos se extiende
del mar la llanura inmensa;
el sol en el horizonte
roja lámpara semeja.

Leve y azulada bruma
del mar en calma se eleva,
y entre la bruma una barca
surge y al muelle se acerca.

Viene la barca en silencio;
callada, callada llega.
Echado sobre la borda
veo un hombre entre la niebla.

Y entonces grito:—Buen hombre!
Te daré lo que tú quieras
si me admites en tu barca
y al país que amo me llevas.

El buen hombre nada dice,
pero su mano hace señas
y sin detenerme bajo
por la escala que el mar besa.

Bajo y abordo la barca
que entre la bruma se interna
y en silencio, lentamente,
del viejo muelle se aleja.

Y boga y boga.—Un abismo
de blancura la rodea,
y boga la barca en busca
de la anhelada ribera.

Y se va la luz. La blanca
bruma fórnase en espesa
sombra que todo lo envuelve...
Y la barca boga, vuela.

Pasan las enormes olas
en rumorosa carrera
y el viento zumba en la quilla
y es la noche inmensa, inmensa...

—Atraca!—una sombra grita.
La barca al muelle se acerca
y sin detenerme subo
por la escala que el mar besa.

Y cuando me encuentro arriba
mis pasos tristes resuenan
sobre el muelle abandonado
de la escondida caleta.

• • •

Todas las tardes la barca
por entre la bruma llega.
Echado sobre la borda
viene un hombre y me hace señas.

Todas las tardes me embarco
en la barca que se aleja...
que boga, que boga en busca
de la anhelada ribera.

Y todas las noches mi alma
desfallece de tristeza
cuando de nuevo en el muelle
mis lentos pasos resuenan...

NADIE VE, NI TU MISMA...

COMO el rayo de sol que envuelve al árbol
y que hace florecer todas sus ramas;
como la onda de agua cristalina
que da al rugoso tronco fresca savia,
así en redor de mí, como un divino
efluvio que hace florecer mi alma,
así como la onda cristalina,
dándome un vigor nuevo estás, mi amada.

Como la flor su aroma, como el rayo
de sol su aura ardiente, como el agua
su frescura vital, así te llevo
conmigo, así de mí nunca te apartas.
Ante mi vista erguida te hallo siempre,
siempre estás al final de mis miradas:
te ven mis ojos cuando estoy despierto,
y si dormido estoy te ve mi alma.

Aunque nunca se unieron nuestras bocas
y nunca nuestros brazos en guirnalda
de amor entrelazáronse, mis labios
están sobre tu boca perfumada

continuamente. Nadie, ni tú misma,
nadie ve con qué dulce, con qué blanda
suavidad van mis labios oprimiendo
tu boca tan pequeña y tan amada...

Nadie ve, nadie ve cómo rodean
mis brazos tu cintura delicada;
cómo mi cuerpo roza el cuerpo tuyo,
cómo te estrecho a mí, cómo te palpan
mis manos temblorosas. Nadie advierte
cómo, ávido de tí, caigo a tus plantas!
Nadie ve, ni tú misma, que te adoro
con toda la ternura de mi alma...

EL SENDERO

MI amor lo tengo comparado
con un sendero de ilusión:
por él entréme descuidado
y no sé ahora adonde voy.

Abierto y fácil cuando entré,
a poco andar se enmarañó;
seguí por él y ya no sé
ni adonde va ni adonde voy.

Cuando los cardos me cercaron
quise invertir mi dirección.
Ellos el paso me cerraron
y ahora ignoro adonde voy.

Este sendero es un bajar
y es un subir fascinador,
mis pies caminan sin cesar
y siempre ignoro adonde voy.

Rumor de abismo escucho a veces
oigo después canto de amor,

temores tengo y languideces
y no se nunca adonde voy.

A veces voy por una alfombra
de flores bellas bajo el sol
y a veces húdome en la sombra
sin saber nunca adonde voy.

¿Lleva a la gloria este sendero,
o lleva a la condenación?
Tú me dijiste: «Allá te espero».
Y voy, e ignoro adonde voy.

Oh! cuánto tiempo que camino...
Atrás, atrás mi hogar quedó
y en él mi esposa hilando el lino.
¡Y me alejo, y no sé adonde voy!

EL PASEO SOLITARIO

YA estoy solo, mi amor. Tras el penoso
ascender por atajos y quebradas
domino la extensión del mar ruidoso,
cuyas olas se rompen en cascadas
al pie del farellón en que reposo.

El mar, la soledad... Allá la ardiente
fulguración del sol que ya declina,
y abajo un remover de espuma hirviente
y un chorrear de agua cristalina
que está corriendo interminablemente.

El mar y el cielo en lo alto separados
poco a poco se acercan, se confunden,
cual dos enormes cuerpos enarcados
y ya en el horizonte, ambos se funden
como en un beso dos enamorados.

• • •

Ya estoy solo, mi amor. Estar contigo
en esta soledad fuera mi anhelo;

solos ante el océano, al abrigo
de estas rocas y bajo este áureo cielo
que alegre ríe como un rostro amigo.

Tener sobre mi hombro reclinada
tu cabeza y posar en tus pupilas
mis ojos y beber la luz dorada
de tus pupilas verdes y tranquilas
que miran como un mar hecho mirada.

Tenerte aquí, mientras el mar desfloca
sus espumas jugando entre las peñas;
tenerte aquí, sobre esta erguida roca
y preguntarte suavemente:—¿sueñas?
y unir después mi boca con tu boca

* * *

Para decirte lo que mi alma amante
callada guarda, pues no halló el momento
de decírtelo a solas y anhelante
contarte todo, todo lo que siento,
quisiera estar contigo en este instante.

Aquí en la soledad, a la difusa
claridad del crepúsculo marino,
encendida en amor mi alma y confusa
de placer, te hablaría en el divino
idioma en que el poeta habla a su musa.

Aquí en la soledad de este paraje
donde ojos no hay que miren a hurtadillas
ni oídos prestos al espionaje,
yo a tus pies caería de rodillas
como cae ante el ídolo el salvaje...

* * *

Ya estoy solo, mi amor. El viento azota
las olas que en rebaños tumultuosos
atropelladas van. Un barco flota
y abre y cierra sus remos luminosos
en un blanco aleteo de gaviota.

Y prefiero estar solo, amada mía,
porque allá al lado tuyo está el tormento
de ver que en todo hay un mirar que espía,
de hallar en todo un escuchar atento
que oye cuanto mi boca te confía.

Sí! Prefiero estar lejos del encanto
que de tu ser divino se desprende
y recordar tu imagen que amo tanto
mientras resuena el mar y el cielo enciende
las luminosas flores de su manto.

* * *

Porque en la soledad amplia y desnuda
que me envuelve, mi boca se liberta
de la mordaza que la tiene muda
y con gran voz te llama y no despierta
ni un eco hostil mi voz ardiente y ruda.

Porque en la soledad te llamo y vienes
y a mí te acercas llena de ternura
y me dejas besar tus blancas sienas
y el prodigio admirar de tu hermosura
sin que las ansias de mi amor refrenes.

Porque en la soledad con alegría,
vienes al lado mío y soy tu dueño;
porque en la soledad mi fantasía
realiza en tí su más soñado sueño
y en mis brazos te estrecho, y eres mía!

* * *

Va la luna bogando como una
barca que se tumbó del lado izquierdo.
Volveré por aquella blanca duna
y alumbrarán mi senda tu recuerdo
y la luz misteriosa de la luna.

EL ROMPIMIENTO

EN un chispazo de orgullo,
o de dignidad (y creo
que quizás fué de amor propio)
la eché en cara mi desprecio.

Ella quiso disculparse,
quiso defenderse, pero
yo no la escuché y entonces
su boca guardó silencio.

Calló su boca y hablaron
sus ojos. ¡Lo que dijeron
esos adorados ojos
en su mirar altanero!

Aún me parece mirarlos,
Me parece que aún siento
cómo rasga mi alma el filo
de ese mirada de hielo.

Y nos separamos. Ella,
dominando en un esfuerzo

de valentía el desmayo
de su alma y de su cuerpo.

Yo con las pupilas húmedas
y con un nudo en el pecho,
sin saber adonde iría,
tambaleando como un ebrio,

Y poco a poco, a medida
que caminaba y más lejos
veía su casa muda,
más crecía mi tormento.

Era un dolor crüel, como
si me arrancaran los nervios.
Era como si mi alma
se hubiera quedado dentro

de aquella casa querida
y al alejarse mi cuerpo
tirara de ella y sus fibras
fuera una a una rompiendol

• • •

Pasan y pasan los días
y no pasa mi tormento:
mi alma sigue allá prendida
y tira de ella mi cuerpo.

Y es una angustia constante,
y es un padecer eterno
y es un sufrir sin alivio
y es un dolor sin consuelo.

Continuamente en mis labios
está el sabor de sus besos;
continuamente me embriaga
el aroma de su cuerpo.

Para ella, al despertar,
es mi primer pensamiento:
y estoy en ella pensando
a toda hora y momento.

Cuando por la noche apago
la lámpara, en ella pienso
y en el fondo de la sombra
la ven mis ojos abiertos.

La ven mis ojos, erguido
el alto y hermoso cuerpo,
tan bella como la Virgen
María que está en los cielos.

Y hallo que mi almohada es dura
y helada, helada la siento
porque una vez mi cabeza
recliné sobre su seno.

Y cuando desfallecido
de sufrir los ojos cierro,
mi espíritu está con ella
y ella está en todos mis sueños.

• • •

Maldito orgullo y maldita
dignidad de aquel momento!
Creí que ya no la amaba
y estoy por su amor muriendo...

J A M A S . . .

ANTE nosotros las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás.

Dice la esposa: ¿no es cierto
que nunca habrás de tornar
junto a esa mujer lejana?
Y yo le digo: jamás!

Ella pregunta: ¿no es cierto
que ya nunca volverás
a celebrar su hermosura?
Y yo contesto: jamás!

Ella interroga: ¿no es cierto
que nunca habrás de soñar
con sus fatales caricias?
Y yo respondo: jamás!

Las olas mientras hablamos
corren, corren sin cesar.

como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás!

Dice la esposa: ¿no es cierto
que nunca me has de olvidar
para pensar sólo en ella?
Y yo le digo: jamás!

Ella pregunta: ¿no es cierto
que ya nunca la amarás
como la amaste hasta ahora?
Y yo contesto: jamás!

Ella interroga; ¿no es cierto
que su imagen borrarás
de tu mente y de tu alma?
Y yo murmuro: jamás...

Los dos callamos. Las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás!

MAESE SALOMÓN

EN PARÍS

AQUELLOS que en los últimos tiempos hayan pasado por París, habrán visto, de fijo, en el tablado del teatro Olimpia al guapo Maese Salomón enfundado en un frac de última creación, luciendo una chistera de ocho reflejos, una regia capa española de color de aceituna, zapatos charolados, elástico junquillo, monóculo, cadena y prendedor y anillo. En suma, un Jorge Brummel.

Noche a noche las gentes se estrujan, riñen, gritan, codéanse impacientes por ver ese portentoso de habilidad y gracia.

Fumando un rico habano, sus miradas espacia
por sobre el vasto público que lo examina atento,
Ved cómo gesticula, ved con qué movimiento
de elegancia se ajusta el monóculo al ojo
y ved con qué fruición se goza en el sonrojo
de la tímida joven blanco de sus miradas...
El público celebra y un trueno de palmadas
acoge las ardientes miradas de pasión
que lanza a la muchacha Maese Salomón.

Maese ama las bellas mujeres; sus ojillos
vivaces, ante ellas toman extraños brillos.

Maese ama la música, la danza, las danzantes...
Ama las actitudes graciosas, insinuantes
de las morenas y ama las lánguidas posturas
de las rubias. Maese... tiene ideas impuras.

Poco a poco se llega junto a las bailarinas
y se encoge y se fuerce y hace muecas divinas.
Maese ama el champaña...

Ello es que Salomón
ha olvidado su Selva. La Civilización
tiene también sus zarzas que atrapan al que pasa
y sus lianas que tejen una red que embaraza
la marcha del viajero; y también tiene fieras

de aguda zarpa y víboras venenosas, arteras,
y pantanos infectos y mosquitos zumbones
y reptiles y arañas y otras mil bendiciones...

Y fué así que atrapó a Maese Salomón
en sus monstruosas redes la Civilización...

EL MISTERIO DE LA PIEZA VACÍA

MRAS de qué peripecias extrañas y admirables Maese Salomón volvió a las insondables Selvas de donde un día, siendo un niño inexperto, saliera en compañía de un francés hacia el Puerto, para de allí embarcarse con rumbo a la Pallice?

Aun es un misterio. La crónica no dice de qué maravillosa manera Salomón volvió al Bosque nativo después de una excursión de años y años por tierras de Europa.

El caso es que una buena mañana monsieur Paul,—el francés que lo hizo abandonar la Selva y que desde ese día se dedicó a exhibir a Maese,— halló vacío el lecho de su pupilo y luego ni rastros de él. En balde monsieur Paul puso en juego todas sus facultades para ver si podía comprender el misterio de la pieza vacía.

Paróse, en vano, al medio de aquel desván estrecho y todo fué observándolo, desde el piso hasta el techo.

Sólo había una puerta cuya gran cerradura aseguraba él mismo y allá arriba, a la altura del cielo, una ventana como un respiradero por donde fácilmente pasaría un gilguero, pero difícilmente un bicho en cuatro pies.

—¿Por allí?—fué al principio lo que pensó el francés, Reflexionó en seguida y vió lo impracticable de una fuga por esa ventana miserable. El tal desván trepaba por sobre un sexto piso y ya veréis qué salto mortal era preciso para llegar abajo.

Y pensando, pensando
se quedó monsieur Paul, y el día de San Blando
llegará sin que logre, ni después de ese día,
comprender el misterio de la pieza vacía...

EL REGRESO

L Sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía lentamente detrás de la Selva sombría y sus saetas de oro no lograban cruzar el enmarañamiento del Bosque Secular.

Sobre las altas copas de los robles gigantes trazaban los Milanos sus círculos errantes. Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo de la noche exhalaba como un vapor espeso que obscurecía el verde color de los follajes y de aquel antro enorme, profundo, los salvajes rugidos de las fieras se escapaban rodando de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando la nerviosa Pantera y el Tigre formidable y el Lobo astuto ensayan su táctica admirable de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta en que el Hambre anda suelto y a ninguno respétalo, cuando por un atajo, con gran precaución, llegó a la obscura Selva Maese Salomón.

Apesar de que habían corrido tantos años
desde que él emigrara, no le fueron extraños
los secretos del bosque y abrochándose el frac
para hallarse más cómodo, en menos de un tic-tac
saltó y encaramóse sobre una gruesa rama,
pues temía internarse y caer en la trama
de algún habilidoso y hambriento vagabundo.

Y a poco, el buen Maese cogió un sueño profundo.

EL ASOMBRO DE LA SELVA

DURMIÓ, durmió... y al alba lo despertó el intenso
rumorear de la Selva convertida en inmenso
concierto de cantantes.

Despertó, miró abajo,
luego arriba, y tratando de ensayar un trabajo
fácil para él antaño, saltó de rama en rama,
y entre los animales que andaban cerca, es fama
que nunca vió la Selva más cómica figura
que la de Salomón viajando a esa altura.

La marcha era algo incómoda en tales condiciones.
A lo mejor un gancho cogió los pantalones
del buen Maese y ¡zas!... El tirón fué tan rudo,
que a poco más se queda el viajero desnudo.

Detúvose éste entonces, consideró el perjuicio,
y tras prolijo examen, temiendo otro estropicio,
se dejó resbalar por un tronco hasta el suelo
y se fué por la orilla de un alegre arroyuelo,

Cuanto ser halló al paso se quedó confundido
contemplando a aquel raro bicho desconocido.

Y en verdad, lo que más llamaba la atención era la indumentaria del guapo Salomón.

Ello es que fué el asombro tan extraordinario, que todo el bosque fuese tras de aquel perdulario y a gran distancia en torno solamente se oían las carreras de aquellos que en tropel acudían.

Todo lo que la Selva contiene de animado se puso en marcha. Todo; desde el más ponderado de sus habitantes hasta el más miserable. Desde el viejo Elefante de porte inmensurable hasta el Pulgón minúsculo; desde la gran Serpiente Pitón, hasta el Gusano; desde el León insolente de aterradoras fauces, hasta el Pájaro Mosca que parece una joya con alas; desde la hosca Hiena deforme, hasta la vivaracha Ardilla.

Todo aquel gran torrente de vida, por la orilla del alegre arroyuelo siguió tras Salomón, a quien tamaña escolta metía en aprensión.

EL DISCURSO

AL fin paróse en medio de un claro y su mirada recorrió a toda esa muchedumbre asombrada, que cual la Selva misma parecía sin fin. Hizo luego un extraño y cómico mohín, ajustóse el monóculo, se empinó cuanto pudo y lanzando un chillido prolongado y agudo, dijo así, más o menos:

«¡Oh Pueblo de la Selva!

No extrañéis mi presencia, ni os asombre que vuelva trajeado de este modo. Vengo de una comarca maravillosa, espléndida. Cuanto la Selva abarca resulta pobre cosa comparado con esa región encantadora, cuya enorme belleza no sabría pintaros. El Hombre, ese enemigo dueño de la Flor Roja que arde, fué mi amigo. Porque yo vengo, hermanos, de la región lejana donde habita la noble y vieja estirpe humana. Yo viví entre los Hombres, conocí sus costumbres y os digo que su imperio se extiende de las cumbres a los abismos. Todo, todo lo han conquistado: la Tierra, el Agua, el Aire....»

Aun no había acabado

Salomón su discurso, cuando toda la Selva prorrumpió en alaridos: «¡Echadle! ¡que se vuelva donde el Hombre!» habló el Oso.—«¡Matémosle!»—propuso la Hiena.—«¡Reventemos los ojos al intruso!» dijo el Cuervo.—«¡Rompámosle los huesos! Fué el amigo del Hombre!» gruñó el Tigre—«Comásmole en castigo!»—chilló el Chacal sangriento y el León en un ronco y espantable rugido que hizo tronco por tronco temblar el Bosque inmenso: «¡Que muera! ¡Sí! ¡Que muera!»—gritó y el mismo grito lanzó la Selva entera.

Salomón vió cercano su fin y de improviso, rápido como el rayo, se encogió, saltó, se hizo casi invisible en fuerza de correr; y entretanto que el pueblo de la Selva reía del espanto de aquel cobarde, el ágil Maese Salomón proseguía su fuga como una exhalación.

LAS CRUELDADES DEL BOSQUE

VAGÓ por la espesura durante el día entero. Recordando los hábitos de su estado primero repó a los grandes árboles en busca de bellotas —que son, según las crónicas, desde edades remotas el preciado alimento de todos los Maeses.— Cascólas con cuidado y así como otras veces las mordió haciendo gestos, pero las halló duras, desabridas, y entonces pensó en las confituras de París, y el recuerdo lo llenó de tristeza.

Se sentó en una rama, reclinó la cabeza contra el tronco y meciéndose con las piernas colgando, se puso a meditar en esos tiempos cuando vivía entre los hombres.

Una brisa cargada de olor a savia hacía moverse la elevada ramazón y Maese con aquel movimiento poco a poco era presa de un adormecimiento delicioso. También el Bosque se adormía bajo la gran mirada del sol de medio día que al través del follaje ondulante y sonoro sondeaba la honda Selva con sus hilos de oro.

De súbito una lluvia de nueces y avellanas
turbó el profundo ensueño de Salomón. Cercanas
risas rodaron entre las hojas y crujidos
de ramas que se tronchan y toses y ahullidos.

Era una alegre ronda de aventureros monos
que con agudas voces de discordantes tonos
expresaban la más profunda admiración
ante la extraña facha del pobre Salomón.

Este al oír aquella formidable algazara
quedóse atentamente inmóvil; por su cara
gesticulante y cómica pasó como un reflejo
de luz; miró a los lados, estiró el entrecejo
y tendiendo a lo alto sus expresivas manos
exclamó en un arranque supremo: «¡mis hermanos!»

Otra lluvia de nueces y otro coro de toses
y de risas y un nuevo rumorear de roces
fué la contestación a aquel grito de amor...

Y los monos siguieron su alegre ronda por
las regiones arbóreas, brincando entre el follaje
como una loca banda de demonios en viaje.

Lentamente Maese dejó caer los brazos
y echó sobre su traje que ya se iba en pedazos
una larga mirada...

LA TEMPESTAD

LA brisa se hizo viento
y el viento fué soplando cada vez más violento.
Danzaban los ramajes revueltos, sacudidos;
oscilaban los troncos exhalando gemidos;
doblábanse los tiernos árboles hasta el suelo
y proyectando sombras enormes, por el cielo
galopaban las nubes, como una gran manada
que atropelladamente corriera, fustigada
por el látigo de oro del rayo.

Graves, lentas
cayeron las primeras gotas y las sedientas
hojas las absorbieron rápidamente; luego,
tras un cálido instante de profundo sosiego,
rodó el ronco rugido del trueno, abrió su ancha
flor de luz el relámpago, y como una avalancha
que se resuelve en hilos de sonoro cristal,
sobre el Bosque su manto líquido y musical
tendió la lluvia.

En tanto, Salomón, guarecido
bajo el follaje espeso, contemplaba aturdido

el chorrear de los árboles y la alegre caída de la lluvia que ondeaba como un velo, impelida por la fuerza del viento. Se cargaba el follaje de agua y entre las hojas y por el varillaje se escurrían los chorros, de modo que Maese mojábese lo mismo que si al raso estuviese.

Cuando pasó la lluvia, cuando se hubo alejado la manada de nubes y en el Bosque lavado brilló el sol nuevamente, arrancando fulgores a las húmedas ramas y a las perladas flores, Salomón torpemente se levantó y se puso de nuevo en marcha, todo pensativo y confuso.

El empapado traje pesaba sobre él como si la liviana tela se hubiese hecho de plomo. Las ramas se tronchaban bajo su peso y hubo momentos en que el pobre Salomón se sostuvo sólo por un prodigio sobre el profundo abismo.

Hasta que, fatigado, se replegó en sí mismo, se acurrucó en el cruce de dos ramas colgantes y muy triste quedóse meditando.

Distantes
surgían las canciones del Bosque; pero ahora
ya para él la Selva no era la encantadora
patria de sus amores; ya la Selva no era

para él la querida patria en la cual pusiera
todas sus esperanzas. Ahora estaban llenos
sus cubiles de fieros enemigos; venenos
en vez de miel brindaban los bosques al proscrito
y el Pueblo Libre odiábalo como a un sér maldito.

LA CAÍDA DE SALOMÓN

SALOMÓN meditaba, mientras de la distancia traíanle las brisas, junto con la fragancia de los prados, el eco de las nuevas canciones de Primavera.

Entonces un mundo de visiones desfiló por su mente calenturienta. Hermosas mujeres enarcaban sus formas lujuriosas bajo las transparentes gasas de los vestidos, y riendo ofrecíanle sus labios encendidos.

Salomón incorpórase y su mirada espacia por el verde follaje, que lo examina atento. Ved cómo gesticula, ved con qué movimiento de elegancia se ajusta el monóculo al ojo y ved con qué fruición se goza en el sonrojo de la cándida flor, blanco de sus miradas...

En tanto, el Bosque aplaude con rumor de palmadas.

Mas, de pronto la rama donde está Salomón gime y se rompe. Un grito de espanto y aflicción

se ahoga allá en el fondo del abismo ondulante.
Luego el silencio... Luego, una canción distante.
Luego, otra. Y otra... Y otra... Y otra. Hasta que al final
toda la Selva entona su Himno Primavera.

EL HALLAZGO

EL Sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía lentamente detrás de la selva sombría y sus saetas de oro no lograban cruzar el enmarañamiento del Bosque Secular. Sobre las anchas copas de los robles gigantes los Buitres estrechaban sus círculos errantes. Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo de la noche exhalaba como un vapor espeso que oscurecía el verde color de los follajes y de aquel antro enorme, profundo, los salvajes rugidos de las fieras se escapaban rodando de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando la nerviosa Pantera y el Tigre formidable y el Lobo astuto ensayan su táctica admirable de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta en que el Hambre anda suelto y a ninguno respeta, cuando un Oso que hacía su nocturna excursión tropezó en el cadáver del pobre Salomón.

—¡Un hombre!—gritó el Oso, y a su voz acudieron todos los de la Selva. Se acercaron, olieron,

sacaron aquel rígido cuerpo de la enramada
y en medio de la noche rodó una carcajada
formidable, estruendosa, que retumbó en el seno
del Bosque con el ronco rumor de un largo trueno.

Sobre la hundida cuenca de aquel sér sin fortuna
rebrillaba el monóculo a la luz de la Luna...

DE LA CASA JUNTO AL MAR

LA CANCIÓN DE LOS MARTILLOS

 ON alegre son
los martillos cantan
su alegre canción.

Sus voces livianas
hacen en el aire
fiesta de campanas.

No son perezosos:
sus repiqueteos
vibran presurosos.

Como si anhelantes
golpearan las puertas
los amigos de antes.

Cantan los martillos
y son sus cantares
claros y sencillos.

Cantan, y a su canto
se alza el maderamen
como por encanto.

En abrazo estrecho
se une la solera
con el pie derecho,

Y la resistente
cumblera el vacío
cruza, como un puente.

Cantan los martillos
y son sus cantares
claros y sencillos.

Son cantos de fiesta,
como los que se oyen
allá en la floresta.

Son cantos floridos:
cantatas de pájaros
que construyen nidos.

Alada canción:
cantas la esperanza
de mi corazón.

L A S V E N T A N A S

MAESTRO constructor: ¿crees que las ventanas serán muchas? Pues yo pienso que no son tantas como las que debiera poseer esta casa.

Si antes amé la sombra, fué porque había en mi alma la inquietud de un secreto, la angustia de una falta.

Si antes amé la sombra, fué por creer que estaba en ella mi ventura.

Yo iba a tientas y a cada paso subir creía por la ilusoria escala que a la dicha conduce, y bajaba, y bajaba... Yo iba a tientas, yo iba guiado por la cálida presión de una menuda mano, mano adorada, mano a cuyo recuerdo mi voluntad desmaya. ¿Guiado? ¡No! Yo iba fiebrosamente, en alas de una ilusión, de un vértigo, de una pasión, de un ansia! Me impelía una fuerza interior, me arrastraba un impulso invencible y se me iba el alma como se va en el viento la enloquecida llama!

La sombra, y en la sombra los labios de la amada suaves, suaves, con ese vivo sabor que nada

puede igualar, con ese sabor que en vano tratas de definir, poeta.

¿Dulzura? No. Te engañas.
¡No son dulces los besos de la mujer amada!

Lentamente, en la sombra, con deliciosa calma, mis labios en sus labios dejé, por ver si hallaba la expresión milagrosa, la divina palabra que dijera el sabor de un beso, y la increada expresión todavía la busco, sin hallarla.

No es dulzura, no es miel, no es néctar. Son opacas esas voces y el beso como una luz irradia, luz que hace transparentes nuestras oscuras almas,

Miel y luz y placer infinito y nostalgia de un cielo inaccesible, de una gloria lejana. Sed que implacablemente devora las entrañas, sed que con la embriaguez del beber no se sacia sino que se acrecienta; sed que sólo se apaga cuando en la dulce copa cae en gotas amargas el desengaño...

Luz, dulzura, sed, todo eso, y locura... ¡oh qué viva locura la del beso!
La sombra y en la sombra sus labios...

—¿Las ventanas?

Perdóname, maestro constructor, olvidaba...

¿Creíste que eran muchas? Pienso que no son tantas
como las que debiera poseer esta casa.

Si antes amé la sombra, hoy la luz me hace falta.

Quiero que el primer rayo del sol entre en mi estancia
y que se extinga en ella su última mirada.

En la sombra, maestro, germinó mi desgracia:

puede ser que a la luz mi ventura renazca.

¿A qué ir tras la sombra?—Llegará, sin buscarla.

Llegará con la tarde y ascenderá, pausada...

Y al fin, vendrá esa noche que no tiene mañana.

EL VIENTO

AZUL está la mar y toda orlada
de blanco. Hacia la playa se dirigen
las olas, en un largo movimiento
de manos que persiguen
algo que nunca alcanzan;
mientras allá, en lo azul de la mar libre,
florecen rosas de nevada espuma
que el viento arrastra en lánguido desfile.

Parece un niño el viento; un niño sano
que hace juego de todo. Sopla y ríe.
Coge una pluma y la da vueltas: luego,
la encumbra, la despide,
y la mísera pluma, que yacía
tirada en el montón, despierta, vive
por un instante su pasada vida;
vuela, sube, remóntase, describe
graciosos giros y fugaces surcos,
se cree ala otra vez y más se engríe
mientras más alto la dispara el viento.

El viento es como un niño. Coge un triste
fragmento de papel y se lo lleva,

trocado en mariposa. Se desvive
por agitarlo todo. En los rincones
organiza farándulas risibles
en que danzan pajuelas y virutas
rondas inverosímiles.

Se va por los caminos y a las mozas
ya el faldellín les alza, ya les ciñe
la fela al cuerpo y tan estrechamente
que no hay línea ni forma que se libre
de aparecer al vivo, por más que hagan
las empeñosas manos de las vírgenes
por ocultar lo que a cubrir no alcanzan.

Parece un niño el viento. Alegre ríe
y hace juego de todo. Y a la vida
se parece también: la vida ríe
y hace juego de todo, como el viento.

Cuidaré de cerrar con mano firme
mis puertas y ventanas:
que juegue el viento afuera...

¡Dios nos libre
de que el viento haga juego de nosotros!

LOS BUEYES LIBRES

A la violada vislumbre del crepúsculo,
unos tras otros van pasando los bueyes.
Libres del yugo, con liviandad caminan,
moviendo las cabezas ceremoniosamente.

Van silenciosos por la húmeda playa
y sus pisadas son graciosas, son leves.
Rítmico y suave murmullo, vago roce
de seda, al paso de las bestias emerge.

Con ronco ruido se desploman los tumbos,
hacia la orilla corre la espuma hirviente
y en la tersura de la arena, las olas
como tapices luminosos se extienden.

A la violada vislumbre del crepúsculo,
con lenta marcha van pasando los bueyes;
la bruma envuelve sus movibles siluetas
y al fin en ella como humo se disuelven.

CAMINAMOS

CAMINAMOS, caminamos
hacia la mar que nos llama,
El sol inunda la senda
y no hay sombra que nos valga.

Pero cuando ya el cansancio
da pereza a nuestra marcha
y el bochorno languideces
pone en nuestras locas charlas,
tuerce el camino y de pronto
se nos ofrece la entrada
de un sendero milagroso
todo cubierto de ramas.

Y apenas por el sendero
penetramos, nos encanta
cierto rinconcito en donde
la sombra es fresca y es clara.

El follaje en transparencia,
algunas hojas doradas
por el suelo, un cauce húmedo
y en él una inmóvil agua

detenida en su camino,
que está como si soñara
despierta, con su mirar
fijo en la verde enramada.

Y al caminar nuevamente
bajo el sol, y ya en la playa,
pienso que para quererte
quisiera tener el alma

tan serena y silenciosa
como aquella inmóvil agua
que detenida en su cauce
está como si soñara.

MARINA

TUS ojos me han llamado.
Hacia ti has atraído mis deseos,
como la luna atrae
las olas de la mar.

Tus ojos buenos
me han dicho «ven, acércate» y en mi alma
las alas han abierto
los impulsos de amor, como gaviotas
que ya emprenden el vuelo.

En torno a ti, mi amada,
vuelan mis sentimientos
en ronda infatigable.
Pájaros de la mar parecen ellos.
Pájaros de la mar, que en dilatado
círculo giran, giran, sin sosiego.

Cuando las veas descender, acógelos
con amor y en silencio.
Deja a la banda de nerviosos pájaros
posarse sobre ti.

Seas en medio
del mar enorme, cual peñón desnudo
que brilla al sol, vibrante de aleteos.

POR LA ORILLA DE LA MAR



la caída del sol,
por la playa inmensa y sola,
de frente al viento marino
nuestros caballos galopan.

Es el horizonte de oro,
oro es la mar y oro arrojan
los cascos de los caballos
al chapotear en las olas.

En blancos grupos contemplan
caer el sol las gaviotas,
mas, al acercarnos, vuelan
en bandadas tumultuosas.

Desadamente se alejan
sobre las revueltas olas
y abátense a la distancia
trazando una curva airosa.

Alcance pronto les damos
y ellas, de nuevo en derrota,

a volar, siempre adelante,
por sobre la mar sonora.

Por la arena húmeda y firme
nuestros caballos galopan.
Al fuerte viento marino
cabelleras y almas flotan.

A la caída del sol,
en la playa inmensa y sola
tu alma se entregó a mi alma,
tu boca se dió a mi boca.

No se sabe de qué hablar
cuando la emoción es honda.
Por la orilla de la mar
nuestros caballos galopan.

EL CAMINO SOLITARIO

MAÑANA de sol. La marcha
lenta de nuestros caballos
sigue las ondulaciones
del camino solitario.

Por los escuetos lomajes
va el camino serpenteando:
arriba la serranía
y el valle fértil abajo.

Arriba las fuertes líneas
de los desnudos peñascos
y allá, al fondo, el verde indicio
del estero dilatado.

Quietud del cielo, pereza
del aire y en el desmayo
del paisaje, sólo el ruido
de nuestros lentos caballos.

O el eco de nuestras voces,
o el rumor de nuestros cantos

que tiemblan en el silencio
del camino solitario.

Voy a tu diestra. Muy cerca
del mío va tu caballo:
a veces mi pierna roza
la tuya, en suave contacto.

Vas hermosa con tu traje
de amazona y con tu blanco
sombbrero, que el velo adhiere
a tus cabellos castaños.

Hay más savia en tus mejillas,
hay más sazón en tus labios
y hay más luz en el mimoso
mirar de tus ojos pardos.

El camino sigue, ondula
por sobre los cerros áridos
y por él va sólo el ruido
de nuestros lentos caballos.

Los dos juntos, los dos solos,
lejos de todo poblado...

¡Que nunca te detuvieras,
buen camino solitario!

EN LA QUIETUD DE LA TARDE

EN la quietud de la tarde,
frente a la abierta ventana
que ensombrecían los árboles
de la calle solitaria,

hablamos de mi partida.
Hablamos. La voz cansada
del anciano, me decía:
«No se apesure». Y la franca

voz de la joven señora:
«Quédese aún, no se vaya».
Yo sonreía con pena,
murmurando: «Gracias, gracias».

Sólo tú en aquel momento
permanecías callada
mirando los viejos árboles
de la calle solitaria.

Busqué tus ojos y fijos
en la lejanía estaban

y con oculta alegría
los vi anegados en lágrimas.

Llanto leve y silencioso
sobre la aridez de mi alma.
Fué como en campo sediento
onda fresca de agua clara.

Seguía hablando el anciano,
la joven señora hablaba
y yo, mirando el tranquilo
correr de tus lentas lágrimas,

dije con voz temblorosa:
«Me quedo». Siempre callada,
volviste hacia mí los ojos,
se unieron nuestras miradas

y en aquel punto, al risueño
repicar de una campana,
en mi viejo corazón
volvió a cantar la esperanza.

A L M A M Í A

ALMA mía, pobre alma mía,
tan solitaria en tu dolor:
enferma estás de poesía,
alma mía llena de amor.

Crees que la vida es un cuento,
crees que vivir es soñar...
Pobre alma sin entendimiento,
hora es esta de razonar.

Ve que la vida no es aquella
que te forjaste en tu candor:
la vida con amor es bella,
pero es más bella sin amor.

Ve, alma mía, pobre alma mía,
ve y empéñate en comprender
que el amor es melancolía
y es amargura la mujer.

Sin amor y sin sentimiento
serás fuerte, podrás triunfar.

Alma, la vida no es un cuento;
alma: el vivir no es el soñar.

Que en ti el vivir no deje huella
ni de placer ni de dolor:
la vida con amor es bella,
pero es más bella sin amor.

Sé cauta, sé diestra, sé fría:
no te dejes enternecer
por tu amor a la poesía,
que es el amor a la mujer.

Coge, alma, la flor del momento
y no la quieras conservar.
Si se marchita, échala al viento,
que lo demás fuera soñar.

Esta mujer es como aquélla:
todas son fuente de dolor.
Alma mía, la vida es bella,
pero es más bella sin amor.

Y mi alma dijo: «En mi embeleso
oí tu voz como un cantar.
¿Sabes? Soñaba con un beso
robado a orillas de la mar».

LUNA DE LA MEDIA NOCHE

LUNA de la media noche, soñolienta
luna, que a la media noche te levantas
y penosamente elevas tu blancura
por sobre la oscuridad de las montañas.

Luna tímida que esperas la alta noche
para asomar con sigilo tu faz blanca;
luna de la media noche, que en el cielo
eres como una ave herida que se arrastra.

Aguardaste que los ruidos se extinguieran,
esperaste que los ojos se cerraran
y ahora que todos duermen, tú apareces
como una visión de ensueño, luna pálida.

Luna de la media noche, que colocas
un velo de claridad en mi ventana,
como tú fué mi amor, blanco y furtivo,
y un velo de claridad puso en mi alma.

DÍA NUBLADO

CIELO gris, nubes en sombra.
Día de otoño en verano.
Suben moscas por los vidrios
y a poco bajan rodando.

Afuera, voces. No escucho.
¡Son voces que he oído tanto!
Trenza sus hebras azules
el humo de mi cigarro.

Recuerdo... Aquella mañana
de sol y de viento, echados
sobre la arena, tú y yo
silenciosos nos quedamos.

En la playa luminosa
sólo el vuelo de los pájaros.
El mar, allá, todo azul,
y más acá, todo blanco.

Tú de bruces, con el rostro
escondido entre los brazos.

Doraba el sol tu desnudo
cuello y tus rizos castaños.

Mis miradas recorrían
en pasear lento y grato
las suaves ondulaciones
de tu cuerpo abandonado.

La castidad de los hombros,
la ternura de los brazos,
la mansedumbre del talle,
la entereza de los flancos.

Y la inquietud de las piernas,
tan ceñidas, asomando
por entre un perturbador
desorden de encajes blancos.

Cielo gris, nubes en sombra,
día de otoño en verano.
Trenza sus hebras azules
el humo de mi cigarro.

¿RECUERDAS?

¿RECUERDAS? Una linda mañana de verano.
La playa sola. Un vuelo de alas grandes y lerdas.
Sol y viento. Florida la mar azul. ¿Recuerdas?
Mi mano suavemente oprimía tu mano.

Después, a un tiempo mismo, nuestras lentas miradas
posáronse en la sombra de un barco que surgía
sobre el cansado límite de la azul lejanía
recortando en el cielo sus velas desplegadas.

Cierro ahora los ojos, la realidad se aleja,
y la visión de aquella mañana luminosa
en el cristal oscuro de mi alma se refleja.

Veo la playa, el mar, el velero lejano,
y es tan viva, tan viva la ilusión prodigiosa,
que a tientas, como un ciego, vuelvo a buscar tu mano.

SUEÑOS, SUEÑOS MÍOS...

SUEÑOS, sueños míos
de felicidad:

dadme, mis sueños, esa dicha
que me negó la realidad.

Voy al sueño como a una cita,
porque sé que la he de encontrar
en la sombra azul del misterio
con su belleza en claridad.

Sueños, sueños míos
de felicidad:
oscureced aquellas lámparas
que brillan con luz espectral.

En silencio nos enlazamos.
Ella sonríe sin hablar.
Yo en sus labios pongo mis labios
y ella en mis ojos su mirar.

Sueños, sueños míos
de felicidad:

a lo profundo de la sombra
a ella y a mí nos llevad.

El mirar de sus ojos buenos
se impregna en luz de eternidad:
el sabor de sus labios suaves
se acrecienta con el besar.

Sueños, sueños míos
de felicidad:
id más al fondo, más al fondo,
donde no baje el despertar!

CANCION TRISTE

EN la oscuridad
junto a mí pasó
la felicidad.

Su ala me rozó.
después, silenciosa,
de mí se alejó.

En la misteriosa
noche, dejó una
huella luminosa.

Claridad de luna,
luz de amanecer
en la noche bruna.

Luz lenta en arder
como desmayado
mirar de mujer.

Cuando desalado
tras ella corrí,
se había alejado.

En la noche fui
corriendo tras ella
y ella huyó de mí.

Persiguiendo aquella
visión, por doquier
estampé mi huella.

Fué largo el correr,
corto el avanzar,
frecuente el caer,

y amargo el llorar
cuando comprendí
que el bien que perdí
no habrá de tornar.

HIMNO AL AMOR

I

COMO la luz, eres, amor.
Todo lo envuelves, todo lo iluminas
y a todo das color.

Eres rayo de sol en la alegría
y en el ensueño vago resplandor;
eres penumbra en la melancolía
y eres noche sin fin en el dolor.

Eres sombra propicia en pleno día,
en mitad de la noche eres albor.
Eres contradicción y armonía,
destruyes y eres creador.

Como la luz, eres, amor.
Todo por ti se transfigura;
el fango en brillo y la carroña en flor.

II

Como el agua, eres, amor.
Todo lo bañas, todo lo penetras
y a todo das frescor.

Eres loco torrente en la alegría
y en el ensueño lago encantador,
lluvia sutil en la melancolía
y ola amarga del mar en el dolor.

Eres canto de gloria en la sequía,
eres calma y ternura en el ardor;
eres la onda bravía
y el arroyo adulador.

Como el agua, eres, amor.
Por ti se entenece la roca,
rómpe se el hie ro y ábre se la flor.

III

Como la tierra, eres, amor.
Todo lo acoges, todo lo secundas
y a todo das vigor.

Eres jardín florido en la alegría
y en el ensueño bosque adormidor,
huerto de otoño en la melancolía
y desierto infinito en el dolor.

Eres montaña áspera y sombría,
eres sendero alegre y seductor,
eres estéril serranía
y eres campo de labor.

Como la tierra, eres, amor.
Por ti la simiente germina
y el fruto surge en la violada flor.

IV

Como el fuego, eres, amor.
Todo lo enciendes, todo lo devoras
y a todo das ardor.

Eres chispa riente en la alegría
y en el ensueño lánguido fulgor;
eres tibieza en la melancolía
y frialdad de muerte en el dolor.

En mi hogar fuiste lumbre y poesía
y te trocaste en rayo abrasador.
Fuego del alma mía,
purificame ¡oh purificador!

Como el fuego, eres, amor.
Y las almas, en círculo alado,
giran en torno de tu roja flor.

A M O R

AMOR que vida pones en mi muerte
como una milagrosa primavera:
ido ya te creí, porque en la espera,
amor, desesperaba de tenerte.

Era el sueño tan largo y tar inerte,
que si con vigor tanto no sintiera
tu renacer, dudara, y te creyera,
amor, sólo un engaño de la suerte.

Mas, te conozco, amor, y tan sabido
mi corazón te tiene, que, dolido,
sonríe y quiere huirte y no halla el modo.

Amor que tornas, entra. Te aguardaba.
Temía tu regreso, y lo deseaba.
Toma, no pidas, porque tuyo es todo.

COMO UN CONVALECIENTE

COMO un convaleciente, hoy en lento paseo
mi huerto he recorrido pensando en ti. ¡Qué triste
se ha quedado mi huerto desde que tú te fuiste!
¡Qué triste está mi alma desde que no te veo!

Pálido sol de invierno baña el desnudo huerto
por cuyas sendas húmedas, pensando en ti, camino.
¡Vieras tú con qué esfuerzo mis lágrimas domino
cuando evoco tu imagen en el huerto desierto!

En un escaño rústico donde el musgo ha tendido
su verde terciopelo, me siento al sol. Discretas,
por entre la hojarasca, asoman tus violetas.

Me miran, preguntándome para qué han florecido...
Y al ver cómo se mueren las pobres florecillas
sin que vuelvas, las lágrimas corren por mis mejillas.

EL BUEN OLVIDO

HACE ya tanto tiempo! Te creí tan distante,
tan perdida en el hondo sendero del olvido,
y ha bastado esta noche tranquila e inquietante,
y han bastado este aroma en el aire dormido
y estas sombras profundas y este vago claror
de la luna en creciente, para que yo te tienda
mi alma a través de todo, como una buena senda
lunada de esperanza y olorosa de amor.

Porque olvidé tus besos tengo sed de tu boca,
porque olvidé tu acento tengo ansia de tu voz,
porque olvidé tu alma, mi alma ahora te evoca
al pie de la montaña, bajo el cielo de Dios.

Amada, ¿ves la luna? Dame, dame tu mano.
Dame también tus labios. Seremos como hermano
y hermana. Nos iremos por el vago sendero
que se interna en la noche. Nos seguirá un austero
silencio y poco a poco será el buen recordar.

Roces, palabras, besos. ¡Te creí tan distante!
Y en la pálida noche, el placer fulgurante
de sentirnos de nuevo, de volvernos a hallar!

LA CITA

VENDRÁ? ¿No vendrá? Una nube
que pasa: dice; vendrá.

Y un árbol inmóvil: ¿crees?

No viene, no viene ya.

¿Vendrá? ¿No vendrá? El sendero
bordado de sol: vendrá,
dice, y se aleja. Y el agua
del lago: no viene ya.

¿Vendrá? ¿No vendrá? Me dice
mi corazón: sí, vendrá.
Pero enseguida murmura:
no viene, no viene ya....

SENTIRSE FUERTE

SENTIRSE fuerte, impenetrable.
Sin alegría y sin dolor,
ver cómo todos se enfurecen
contra el porfiado corazón

Sentirse fuerte, imperturbable.
Ver, sin desdén ni compasión,
cómo las garras y los dientes
rompen el firme corazón.

Sentirse fuerte, inquebrantable.
Mirar con fría expectación
cómo la sangre va manando
del torturado corazón.

Sentirse fuerte, inmovible,
y ver, sin odio ni perdón,
que el corazón que así destrozan
es nuestro propio corazón!

RECONCILIACION

EN el cielo neblinoso
la luna se diluía.
Eran caminos de ensueño
las calladas avenidas.

Una incomprensión huraña
separados nos tenía;
pero el amor venció al cabo
y nos juntó en esa cita.

Tu mano puesta en mi hombro
y en tu cintura la mía,
caminábamos dos pasos
y un beso nos detenía.

La felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!
De nuevo sentirme tuyo,
de nuevo saberte mía...

Las palabras plenas de alma,
plenas de amor las sonrisas,

y aquel lento caminar
por las quietas avenidas...

Aquel caminar incierto
sin apartarnos la vista:
tú, los ojos en mis ojos;
yo, en tus ojos mis pupilas.

Hermosa por tu belleza
y, por el amor, divina:
la felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!

Nuestro amor era un amor
nuevo, un amor que principia.
Habíamos olvidado
todas, todas las caricias.

Y las fuimos recordando
bajo la sombra tranquila
de un grupo de viejos pinos
llenos de melancolía.

Los negros pinos, en torno
estrechaban sus caídas
ramas, generosamente,
por darnos sombra propicia.

Y aunque fué grande tu goce,
mayor, mayor fué mi dicha,
pues se durmió tu mirada
mientras velaba la mía.

A la claridad difusa
derramada desde arriba,
vi tu rostro vuelto al cielo
y en tu rostro una sonrisa...

Un sonreír tan del alma,
una expresión tan rendida,
un algo tan inefable...
¡Qué linda estabas, qué linda

La felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!
Otra vez yo todo tuyo
y tú otra vez toda mía!

SERENAMENTE



la luz de la luna, cómo es todo
de una maravillosa sencillez!
Sombra y luz: sombra suave, luz tranquila...
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

Cómo se borran las complicaciones
que el implacable sol nos hizo ver!
Cómo se duermen brillos y reflejos...
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

Como a la luz del sol miré tu alma
y tanto había en ella, que dudé
si llegaría al fin a descifrarla.
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

A la luz de la luna, me parece
que ya siempre te habré de comprender...
Creo en ti, creo en ti serenamente.
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

SUAVE SENDERO MÍO

CUANDO no estás conmigo
soy como un prisionero
encerrado en mí mismo.

Todos mis sentimientos
en mi interior se quedan
guardados y en silencio.

Pero cuando te acercas,
maravillosamente
se abre mi oscura celda.

Amada mía: eres
como un blando camino
que nunca se deliene.

Suave sendero mío,
por donde va mi amor
cual lento peregrino.

Sendero acogedor,
saturado de aromas
y florido de sol.

Muros que me aprisionan
se alzan cuando no estás.
¡Quiero irme por la suave
senda de tu mirar!

EN LA SOMBRA

BA viva luz del fósforo
brilla en la oscuridad
e ilumina tu rostro.
¡No he de olvidar tu sonrisa jamás!

A la breve vislumbre
me quisieron mirar
tus ojos entornados.
¡No he de olvidar tu mirada jamás!

Nuestras vidas fundíanse
en el beso total.
Suspirabas inquieta.
¡No he de olvidar tu ternura jamás!

De pronto tu belleza
se hundió en la oscuridad.
De tu voz en la sombra
no he de olvidar el acento jamás!

SENTIR

¿CREER? ¿PENSAR? Ya no. Sólo sentirte.
Sentirte en mí, sentirme en ti, eso es todo.
Ser como el aire que tu boca bebe,
como la luz que bebes con tus ojos,
como el agua que bebes con tus labios;
entrar, entrar en ti, hasta lo más hondo,
y al fin dejar de ser y ser tú misma!

Ni pensar, ni creer. Sentir. Es todo.

A P A I S E M E N T

NOS ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna de oro va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros, nos miramos
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:
del color del agua del mar.
Desnuda, en ella se sumerge mi alma,
con sed de amor y eternidad.

LA LLAMA

AGUZA su llama la vela
como la hoja de un puñal.
Inmóvil como ella mi alma
piensa en el término fatal.

Sin tu amor que a la vida me amarra
fuera hasta dulce de pensar...
¿La muerte? Olvidarse de todo,
y descansar, y descansar.

Mas, tu amor, que hace un bien de la vida,
de la muerte hace un mal, un mal
tan horrible, que ante él tiembla el alma
como llama que al viento está.

Seguirán tus ojos amados
bebiendo sombra y claridad.
Buscarán otros ojos los tuyos...
¡Los míos no te verán más!

Tus labios, tus labios queridos
como ahora sonreirán

y otros labios acaso los besen...
¡Los míos nunca, nunca más!

Tus brazos en viva guirnalda
de amor se entrelazarán
y quizás a otro cuerpo se ciñan...
¡Los míos, a ti, nunca más!

Este amor que a la vida me amarra
con mi vida también se irá,
Otros hombres podrán amarte
y yo nunca, nunca más!

A M I H I J A

HIJA mía, hija mía, me turba tu mirar,
porque sé que algún día tú me habrás de juzgar.

Tú, frágil mujercita, que con la vida juegas
y que porque la ignoras a mi querer te apegas.

Día habrá de venir en que tu alma despierte
y aborrezcas la vida y llames a la muerte.

Desesperadamente llorarás, criatura,
y al nombrarme, tus labios temblarán de amargura.

Sin bondad, sin ternura, en un grito de horror,
dirás: «¿Por qué la vida me fué dada? ¡Oh dolor!»

Y en ti ninguna voz se alzará en mi defensa.
¡No puede haber perdón para mi culpa inmensa!

Tu piedad será sobre tu ira, solamente
como una gota de agua sobre un hierro candente.

Tú me habrás de juzgar, criatura querida.
Implacable dirás: «¿Por qué me dió la vida?»

Y llegarás con santo desprecio a comprender
que la vida se dá por placer... por placer.

MADRE MÍA

ME siento como un niño
extraviado en la fiesta.
¿Dónde estas, madre mía?
No eres esa, ni ésta,

ni aquélla... Madre mía
¿cómo hallarte, si ignoro
cuál eres? Te he buscado
y al no encontrarte, lloro.

Como un niño pequeño
lloro en mi desamparo.
Tu mirar ¿será oscuro?
¿Será tu mirar claro?

No eres ésta, ni aquélla...
¿Dónde estás, madre mía?
Han de ser luz tus ojos
en mi alma sombría.

Han de ser suavidad
tus manos y ternura;

tus labios han de ser
miel para mi amargura.

Tu regazo ha de ser
olvido del dolor...
Has de ser, madre mía,
toda amor, toda amor.

Ha de ser tu cariño
calor de revivir,
y tus caricias, dulces,
como un dulce morir.

—¿Eres la madre mía?
digo a cada mujer.
Y unas suspiran, y otras
ríen, sin comprender.

DE FLORILEGIO

EL MANANTIAL

L pie de los tres álamos cimbreantes
que de verde empenachan el faldeo,
serenamente como un buen deseo,
brotan las limpias aguas ondulantes.

Mientras al viento vibran las sonantes
hojas en breve y ágil aleteo,
surge el agua con tímido siseo
en un fluir de todos los instantes.

De la oquedad sombría en que la ruda
raigambre de los árboles se anuda
mana el agua tan límpida, tan clara,

que invisible sería en su reposo
si a veces por la onda no pasara
un estremecimiento luminoso.

LA TORRETERA

GURVANDO su avanzar de trecho en trecho
como en un arrastrarse de serpiente,
la torrentera sube hacia la fuente
y ahonda su camino en el repecho.

Bajó el agua de nieve, y a despecho
de las rocas hostiles, su corriente
desgarró el duro suelo y en hirviente
turbión, cavó a lo largo y se hizo un lecho,

Volvió el sol. En la sierra calcinada
se borró la postrera pincelada
de nieve. Vagabundo, soñador,

va un hilo de agua entre las piedras grises.
En la escarpa, semejan las raíces
nervios desnudos que crispó el dolor.

EL ARROYO

EN una paz de eternidad que aterra,
sumergido está el hondo panorama.
Reverberan al sol que las inflama
las agrias cresterías de la sierra.

Un muro circular de montes cierra
la cuenca, en cuyo fondo recia trama
teje el arbusto de torcida rama
que ávidamente al pedregal se aferra.

Y en la quietud pasmosa del andino
rincón, donde la vida está cautiva
en una inmensa petrificación,

libremente un arroyo cristalino
fluye y en el rumor del agua viva
canta el paisaje su desolación.

ANGELUS

“**D**IOS te salve, María, llena eres de gracia...»

Como un amor de ensueño que se fué y que retorna
vuelven a mí en la paz del campo vespertino
las lejanas palabras de la dulce oración.

«Dios te salve, María...»

Ya no creo, no creo.

Hace ya mucho tiempo que la ilusión se vuelve
transparente como un cristal que la mirada
de mi alma atraviesa para ver en el fondo
la descarnada imagen de la inmóvil verdad.

Hace ya tanto tiempo que se fué la ilusión...

Pero cuando en la paz del campo y de la tarde
vuelven a mí las suaves palabras «Dios te salve,
María», algo en mi alma tiembla, como el recuerdo
de un sueño de ternura, se humedecen mis ojos
y una triste dulzura entra en mi corazón.

MI DIOS

MI Dios es grande, más que el tuyo es grande
y es suave y es terrible en su grandeza.
No lo conmueven dádivas mezquinas,
ni flores delicadas, ni alba cera
que consume ardiendo vanamente.

Sólo a mi Dios conmueve la honda queja
de angustia que el dolor arrancó al alma.

Toda mi vida, toda, fué una de esas
plegarias clamorosas, uno de esos
gritos inacabables. Tan inmensa
distancia hay a mi Dios y a tanta altura
de este mundo minúsculo se encuentra,
que a Él llega sólo ahora mi alarido.

Me ha oído, al fin. Lo sé por tu presencia,
Lo sé porque te hallé, soñada mía.

Tus ojos me miraban y eran ciegas
para ti mis pupilas, o tu imagen
como un cristal se hacía para ellas.

Tus labios me llamaban. Yo no oía
tu llamado de amor.

Ansia secreta
daba a tu corazón un ritmo acorde
con el del mío y yo ignoraba esa
misteriosa armonía...

Se tendían
tus brazos hacia mí. Cerca, muy cerca
de ti pasé... Y pasé. No caí en ellos.

Pero un día, el clamor de mi honda queja,
mi alarido de angustia, como un vago
gemido, que en la noche vuela y vuela,
fué a conmover al Dios alto y lejano.

Entonces ví tus ojos y en la tierna
mirada de tus ojos, Dios se hallaba.
Oí entonces tu voz cálida y lenta
y en su acento profundo Dios me hablaba.
Sentí entonces que un mismo ritmo daban
tu corazón y el mío, y en aquella
misteriosa armonía, Dios estaba.

Entonces no pasé, como antes fuera,
por delante de ti sin detenerme.
Entonces me arrojé en tus brazos, y era
como si al estrecharme tú en tus brazos,
Dios, al fin, un refugio, en ti me diera!

ADORACIÓN

TUS manos presurosas se afanaron y luego,
como un montón de sombra, cayó el traje a tus pies,
y confiadamente, con divino sosiego,
surgió ante mí tu virgen y suave desnudez.

Tu cuerpo fino, elástico, su esbelta gracia erguía.
Eras en la penumbra como una claridad.
En un cándido velo, que toda te envolvía,
la inefable dulzura de tu serenidad.

Con el alma en los ojos te contemplé extasiado.
Fuí a pronunciar tu nombre y me quedé sin voz...
Y por mi sér entero pasó un temblor sagrado
como si en ti, desnuda, se me mostrara Dios.

AQUELLA TARDE...



QUELLA tarde única se ha quedado en mi alma.
Su luz flota en la sombra de mi noche interior.

Sólo una fugitiva vislumbre en la ventana;
sólo un azul reflejo; nada más que un vapor
de luz que se filtraba por las breves junturas;
sólo un vaho de cielo, no más que una ilusión
de claridad fluyendo por entre los postigos.
Nada más que el ensueño de aquel suave fulgor.

Sólo esa fugitiva vislumbre en la ventana.
No más. Y en la penumbra, libres al fin, tú y yo.

En silencio llegaba yo al fondo de la dicha;
con infantil dulzura, tú gemías de amor.

Sólo el azul reflejo de aquella tarde única.
¿No ves tú en la ventana? ¿No ves tú? Quizás no.
Acaso no lo viste, porque cuando yo inmóvil
me quedé contemplando aquel suave fulgor,
tú en aquellos momentos de lánguido reposo
dormías dulcemente sobre mi corazón.

Veo la fugitiva vislumbre en la ventana;
oigo el ritmo apacible de tu respiración.
Te siento. En la penumbra te siento. Eres tú misma
que te duermes, ya mía, sobre mi corazón.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo</i>	7

DE FACETAS

Mañana de Abril.....	13
Elegía de Otoño.....	15
Marina.....	18
La siesta.....	20
El riego.....	21
El regreso.....	22

DE MATICES

Sobremesa alegre.....	25
Noche de Invierno.....	26
De mis días tristes.....	28
Los bueyes.....	31
Final de Otoño.....	35

DE LA JORNADA

	<u>Págs.</u>
La Jornada.....	41
El patio dormido.....	47
La niña jadeante.....	48
El estanque.....	50
Al Sol.....	53
El barco viejo.....	55
Mañana Gris.....	56
Tardes de la ciudad.....	59
La carreta.....	61
Los gatos viejos.....	65
Día de lluvia.....	67
El baño.....	68
El vendimiador a su amada.....	69
El regreso.....	72
Ella dice:.....	75
Dice él:.....	76
Viaje de ensueño.....	77
Nadie ve, ni tú misma.....	81
El sendero.....	83
El paseo solitario.....	85
El rompimiento.....	89
Jamás.....	93
<i>Maese Salomón</i>	95
El misterio de la pieza vacía.....	98
El regreso.....	100
El asombro de la Selva.....	102
El discurso.....	104

	<u>Págs.</u>
Las crueldades del bosque.....	106
La tempestad.....	108
La caída de Salomón.....	111
El hallazgo.....	113

DE LA CASA JUNTO AL MAR

La canción de los martillos.....	117
Las ventanas.....	119
El viento.....	122
Los bueyes libres.....	124
Caminamos.....	125
Marina.....	127
Por la orilla de la mar.....	128
El camino solitario.....	130
En la quietud de la tarde.....	132
Alma mía.....	134
Luna de la media noche.....	136
Día nublado.....	137
¿Recuerdas?.....	139
Sueños, sueños míos.....	140
Canción triste.....	142
Himno al amor.....	144
Amor.....	147
Como un convaleciente.....	148
El buen olvido.....	149
La cita.....	150
Sentirse fuerte.....	151
Reconciliación.....	152

	<u>Págs.</u>
Serenamente	155
Suave sendero mío.....	156
En la sombra.....	158
Sentir.....	159
Apaisement.....	160
La llama.....	161
A mi hija.....	163
Madre mía.....	165

DE FLORILEGIO

El manantial.....	169
La torrentera.....	170
El arroyo.....	171
Angelus.....	172
Mi Dios.....	173
Ella viene.....	175
Adoración,....	177
Aquella tarde.....	178

OBRAS DE LA EDITORIAL NASCIMENTO:

Se remiten a vuelta de correo contra giro postal o letra

Gabriela Mistral, «Desolación»	\$ 8.—	J. Edwards Bello, «La Muerte de Vanderbilt»	\$ 6.—
Federico Gana, «Cuentos Completos»	6.—	«Cuentos de Todos Colores»	5.—
Mariano Latorre, «Ully»	5.—	Armando Moock, «Sol de Amor»	6.—
«Zurzulita» (Novela)	6.—	Stoddard, «La amenaza del Sub-Hombre»	4.50
«Sus mejores Cuentos»	6.—	O. Swett Marden, «Voluntad de Acero»	2.50
Salvador Reyes, «El Último Pirata»	6.—	«Cada Hombre un Rey»	5.—
Pedro Sienna, «El Tinglado de la Farsa» (Poesías)	6.—	«Puede el que cree que puede»	5.—
«La Caverna de los Murciélagos» (Novela)	6.—	Vives Solar, «Rapa Nui»	3.50
Dr. Valdés Cange (Alejandro Venegas) «Por Propias y Extrañas Tierras»	6.—	Guerra Junqueiro, «Sus mejores Poemas»	6.—
Eusebio Lillo, «Poesías»	6.—	Amado Nervo, «Sus mejores Poemas»	6.—
Pedro Antonio González, «Poesías»	6.—	Armando Donoso, «Nuestros Poetas» (Antología)	10.—
Teresa Wilms Montt, «Lo que no se ha dicho»	6.—	«Bilbao y su tiempo»	4.—
Rafael Maluenda, «La señorita Ana»	5.—	«El alma de Alessandri»	4.—
«La cantinera de las trenzas rubias»	5.—	«Las mejores Poesías para la Declamación»	6.—
Eduardo Barrios, «El niño que enloqueció de amor»	4.—	Elfie A. Rowland, «Ambición de Madre» (Novela)	5.—
«Páginas de un Pobre Diablo»	6.—	Vicuña Mackenna, «Seis Años en el Senado de Chile»	2.—
Víctor Domingo Silva, «Palomilla Brava»	6.—	Pedro Prado, «Un Juez Rural»	6.—
«Golondrina de Invierno»	5.—	«Androvar» (poema dramático)	5.—
«Sus Mejores Poemas»	6.—	Pablo Neruda, «Veinte Poemas de amor y una Canción Desesperada»	
César Cascabel, «Cien Nuevas Crónicas»	5.50	«El Habitante y su Esranza»	
«Reflexiones de un Optimista»	6.—	Anatole France, «Páginas escogidas»	
Daniel de la Vega, «Las Montañas Ardientes»	2.50	A. L., «Hogar» (Novela)	
«La música que pasa»	2.50	Romain Rolland, «Mamá Gandhi»	
«Los Horizontes»	4.—	Juan Guzmán Crucha, «Agua de Cielo»	
«La Luna Enemiga»	3.—	Henri Ardel, «Corazón Escéptico»	
«Un año de Inquietud»	6.—	«Cómo se juega al Football», con ilustraciones y el reglamento oficial	2.—
Vicente Huidobro, «Vientos Contrarios»	6.—		
T. Galica Martínez, «Los Figurones» (Novela)	5.—		
«Fifi» (Novela)	6.—		
Senén Palacios, «Hogar Chileno»	8.—		